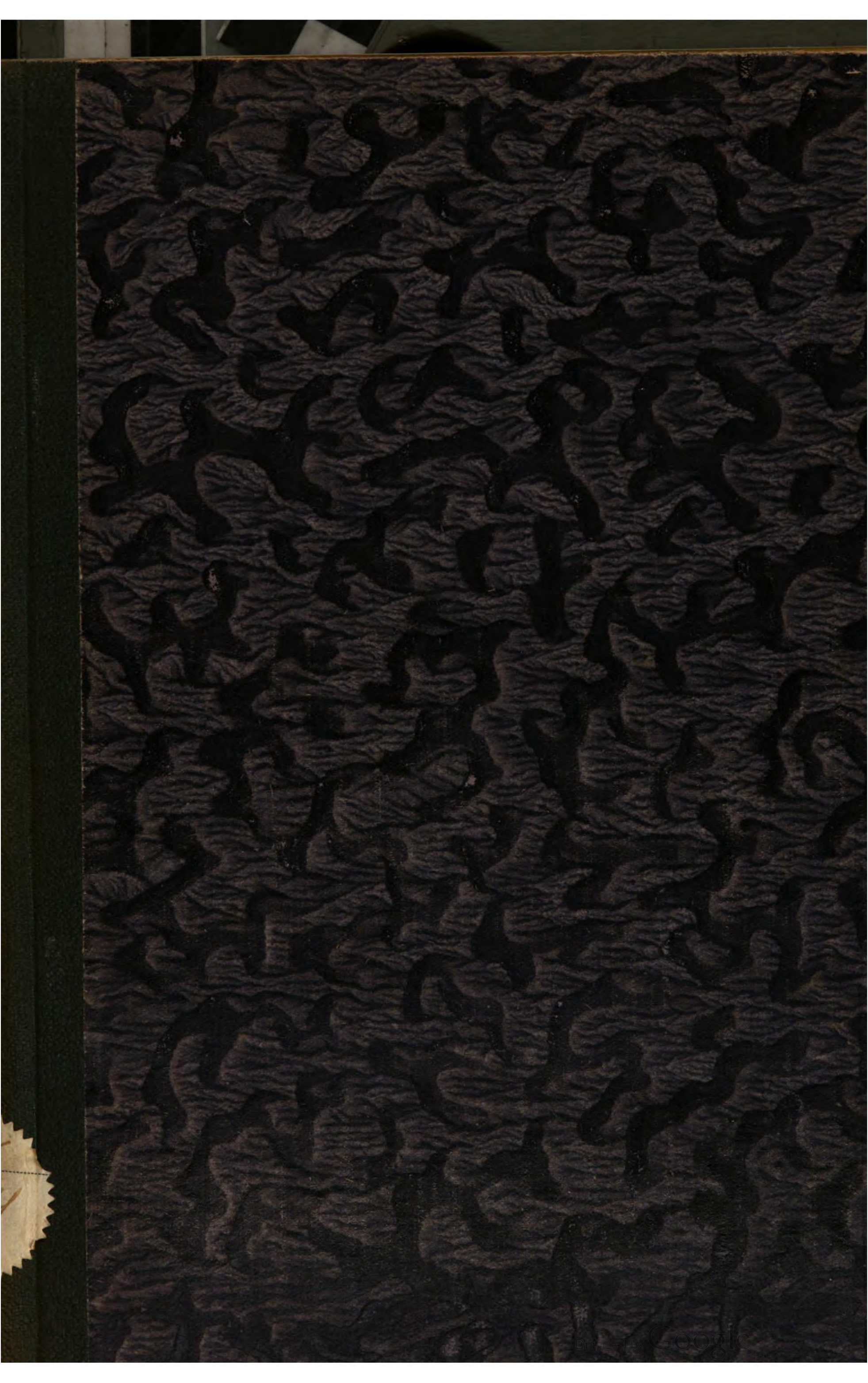






PIO IX.

POR

D. JAIME BALMES,

PRESBITERO.



MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICION DE D. EUSEBIO AGUADO.
1847.

PIO IX.

POR

DON JAIME BALMES,

PRESBÍTERO.





MADRID.

IMPRENTA Y FUNDICION DE DON EUSEBIO AGUADO.

1847.

I.

Novedad y grandor del espectáculo.

El Pontificado de Pio IX ha puesto en expectativa al mundo: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con mas viveza, ni agitado los ánimos tan profundamente, ni convidado á reflexiones mas graves, ni abierto mas ancho campo á conjeturas y pronósticos. El universo católico acaba de oir la nueva de luto: "¡El Papa ha muerto!....." y un instante despues llega la de regocijo: "ya tenemos Papa;" *Papam habemus*..... Mientras los gobiernos de Europa piensan en las eventualidades de la eleccion futura, se hallan sorprendidos con la noticia de que la eleccion se ha hecho ya. La influencia del embajador francés en el cónclave es una vulgaridad: Rossi no sabia siquiera cuáles eran los deseos de Luis Felipe; antes que recibiese credenciales, ni instrucciones de ninguna clase, la eleccion se habia consumado; el gobierno de las Tullerías fué sorprendido por la noticia de la eleccion, lo mismo que el último de los parisienses. La uniformidad, la prontitud, todo es singular en esta eleccion; nadie

tuvo parte en ella, sino los que debian tenerla; el cónclave, por un movimiento espontáneo, enteramente libre, se fija en brevísimo tiempo, y la capital del orbe cristiano aclama al Cardenal Mastai-Ferreti, con el nombre de Pio IX.

¿Qué hará el nuevo Papa? Su primer acto político es la amnistía; y resuena por toda la Europa un grito de aplauso á la clemencia del Pontífice. Los presos que recobran la libertad, los condenados que alcanzan el perdon, los emigrados que respiran de nuevo el aire de la patria, ensalzan alborozados la mano bienhechora que les dispensa el beneficio; los católicos ven con mucha complacencia ese acto de bondad paternal, en el que es padre de todos los fieles; el liberalismo saluda la amnistía como la aurora de la libertad; y la masa del pueblo que antes de estraviarse se apasiona por las ideas generosas, vitorea con entusiasmo y delirio al Papa que perdona y olvida. Roma empieza á presentar un aspecto nuevo; hay un movimiento desusado, hay agitacion, circulan noticias sobre reformas, sobre libertad, sobre proyectos de un sistema que cambie la faz de los negocios; y el orbe entero aplica atento oido al sordo rumor que se levanta en la capital del orbe cristiano. Roma, la ciudad de los grandes destinos, de los acontecimientos extraordinarios; Roma, la clave de las mudanzas profundas en la marcha de las naciones, Roma se agita; Roma, el corazon del orbe, se prepara á cosas nuevas: ¿qué nuevos destinos le aguardan al mundo?

Poco despues, la prensa se ensancha, y aunque bajo la censura, obtiene inesperada latitud; el P.

Ventura ensalza desde el púlpito las doctrinas políticas de O'Connell; y sus calurosas palabras se imprimen en Roma con permiso de la autoridad. Se convoca un consejo de Estado, se establece una municipalidad en la capital, y para complemento, el Gobierno pone las armas en manos del pueblo, organizando rápidamente la guardia cívica.

A un cambio tan repentino y profundo, en el mismo centro de la Italia, y promovido por un Papa, toda la península italiana se conmueve: los fuertes latidos del corazon se hacen sentir hasta las estremidades: desde la Calabria hasta Venecia y Turin resuenan entusiastas vítores al Papa y á la independencia de la Italia; en las asonadas el grito de los amotinados es *viva Pio IX*; y el himno de Pio IX es su cántico de libertad. El duque de Toscana es arrastrado por la corriente democrática; el de Luca, atribulado, va, viene, no sabe qué hacerse, y acaba por abdicar; la corte de Nápoles se inquieta; Carlos Alberto observa; el Austria estiende y refuerza su cordon de bayonetas, y mientras espera ulteriores acontecimientos se apodera de Ferrara. El Gobierno Pontificio protesta, y el Gabinete de Viena, ese gabinete que poco antes miraban algunos como el necesario apoyo de la corte de Roma, se halla en discordancia con ella; en Roma se habla y escribe contra el Austria, y se toma una actitud tal, que no puede menos de desagradar al alto protector. Entretanto, la diplomacia europea se pone en movimiento; todas las regiones políticas se agitan; todos los periódicos liberales, religiosos ó impíos, se declaran altamente por el Papa; como si la palabra,

ultramontanismo, fuese á convertirse en sinónima de progreso y libertad.

Preciso es confesar que hay en este espectáculo una novedad que asombra, una complicacion que aturde, una magnitud que anonada; hay algo que entusiasma y que arredra. La historia con sus lecciones, la esperiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus exigencias; lo antiguo que se cae á pedazos, lo nuevo que lo invade, que avanza, que á veces se desborda con raudales de llama, todo se agolpa á la mente; y el ánimo conmovido, agitado, fluctuante, se pregunta: ¿qué sucede? ¿qué sucederá?

Vano sería empeñarse en desconocerlo: estamos asistiendo á uno de los acontecimientos mas graves, mas trascendentales de que hay ejemplo en los fastos de la historia: el objeto es grande, colosal, inmenso; guardémonos de creerle pequeño. Quizás se pueda emplear aquí un dicho del Conde de Maistre: esto no es un acontecimiento, es una época. Meditemos sobre ella, sin prevencion, sin pasiones, con amor de la verdad; preguntemos á la razon, consultemos á la historia, atendamos á la esperiencia, sí, pero guardémonos de exagerar el argumento de analogía; la dificultad no está solo en ver las semejanzas, mas costoso suele ser el descubrir las diferencias: si en dos paises el cielo se enturbia, y el trueno retumba, y los relámpagos inflaman el horizonte, no es dificil ver que entre los fenómenos hay semejanza; la dificultad está en discernir si las disposiciones atmosféricas son las mismas; si es el mismo

el viento que sopla; si hay en ambas el génio del mal esparciendo la desolacion y la muerte, ó si en una de ellas está el génio del bien, permitiendo la agitacion para refrescar y purificar la atmósfera con una lluvia vivificante.

II.

El hombre.

¿Quién es Pio IX? ¿Cuáles son sus dotes personales?—Se nos dirá tal vez; ¿y qué importan aqui las cualidades del hombre? — Ah! mucho importan, si no se han de borrar las páginas de la historia. Todos los grandes acontecimientos, buenos ó malos, están ligados con las cualidades personales de algunos hombres: cuando el cielo quiere derramar sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones ó la copa de su indignacion, se levantan hombres á propósito: ora brilla el génio, ora la santidad, ora un gran carácter; quizás el cielo permite que el criminal se encumbre, ó que el débil empuñe riendas que no puede manejar. Para transformar el Oriente se presenta Alejandro el Grande; para convertir la república romana en imperio, César y Augusto; para verle perecer, Augústulo; para esclarecer el caos de la barbarie, Carlomagno; para oponer un dique á la corrupcion universal, S. Gregorio VII y S. Bernardo; para descubrir un nuevo mundo, Cristobal Colon; para fundar el poderío de la monarquía de Felipe II, Isabel, Fernando, Cisneros; para la de Luis XIV, Enrique IV, Richelieu; para morir con ella, el bueno

y débil Luis XVI; para la revolucion inglesa, Cromwel; para la de los Estados-Unidos, Wasington; para estraviar las ideas en religion, Voltaire; para exaltar los ánimos en política, Rousseau; para impulsar la revolucion, Mirabeau; para dominarla, Napoleon. No son pues indiferentes las cualidades personales del Pontífice; momentos críticos vendrán en que todo dependerá de ellas; y aun ahora no se puede conocer bien la significacion de muchos actos si no se atiende á ellas. Las cosas dominan á veces á las personas; pero no es raro tampoco el que las personas dominen á las cosas; como las personas que se hallan en tan elevada altura representan grandes instituciones, sus cualidades en sí mismas son grandes cosas, y ejercen mucha influencia en bien ó en mal de los pueblos. Fijemos la vista sobre la historia de España: ¿no es cierto, y muy cierto, que en la marcha de los acontecimientos han influido sobremanera el carácter, las debilidades, los defectos de algunas personas?

¿Quién es Pio IX? ¿Es conocido acaso como hombre de principios sanos pero acomodaticios, de alma tibia, de costumbres flojas, amante del aura popular, de carácter débil, fácil de ser llevado por la astucia á hondos precipicios? No; el Papa no es nada de eso; Pio IX, no tal como le pudieran pintar la lisonja ó el respeto, sino tal como le pinta la verdad, tal como le pintan los que le conocen y deben conocerle muy bien, es un hombre digno bajo todos conceptos del alto puesto que ocupa; Pio IX es hombre de costumbres severas, de piedad sincera y profunda, de caridad ardiente. Sa-

cerdote antes que político, Pontífice antes que rey, consagra largo tiempo á la oracion, é implora las bendiciones del cielo sobre la Iglesia encomendada á su pastoral solicitud, y sobre los pueblos encargados á su gobierno temporal. La piedad que atesora orando en secreto, *in abscondito*, rebosa cuando se manifiesta en público; y los pueblos admirados y enternecidos le ven celebrar los divinos misterios con edificante fervor, predicar con penetrante uncion la divina palabra, repartir con su propia mano el pan eucarístico, visitar la casa del pobre, consolar al afligido, y manifestarse en todo y en todas partes digno vicario de aquel que pasó sobre la tierra *haciendo bien.*

El entusiasmo que escita en Roma y sus estados comprende á todas las clases, á los hombres de todas las ideas: sin duda que los incrédulos, con designio siniestro, mezclan sus aplausos con los de la multitud; pero ésta ama, venera, adora al Papa, porque ve un Pontífice modelo de todas las virtudes; porque sabe que su perdon es hijo, no de cálculos de interés ni de ansia de aplausos, sino de clemencia y caridad; porque sabe que sus reformas no nacen de prurito de innovacion, sino de amor al bien; porque sabe que su afabilidad no es un medio para hacerse popular, sino fruto de humildad y de modestia; porque sabe que la sencillez en su persona, las economías en su servidumbre, no dimanan de codicia, sino del ardiente deseo de socorrer á los pobres y aliviar á los pueblos.

Este es su presente, ¿cuál es su pasado? En sus primeros años, despues de haber tenido alguna in-

clinacion á la carrera militar, noble profesion que ejerce algo de fascinador sobre los corazones de gran temple, se consagra por fin al estado eclesiástico, y empieza sus tareas dedicándose al cuidado de los jóvenes en un hospicio. Desea recibir las sagradas órdenes, pero una enfermedad cruel, la epilepsia, le cierra el camino. El jóven Mastai-Ferreti no se desalienta; seguro de su vocacion, busca en la fe divina los recursos que no habia de encontrar en la ciencia del hombre; su remedio es la oracion: ora con insistencia, invoca con amor y confianza á la *Consoladora de los afligidos*, y la epilepsia desaparece. Se ordena de sacerdote, y conforme á su vocacion de caridad se halla á la cabeza de un hospicio. ¡Qué bello es el encontrar siempre entre niños huérfanos, entre pobres y desvalidos, al jóven destinado para ser un dia el vicario de aquel que dijo: dejad que los niños se me acerquen, y que se complacia en verse rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, para derramar palabras de amor seguidas de consuelo y remedio!

Despues de haberse inspirado, no bajo doradas techumbres, no entre el fausto y los placeres, sino á la vista del espectáculo mas grave é instructivo á que el hombre puede asistir, cual es el infortunio de sus semejantes, el jóven Mastai-Ferreti va á recibir nuevas inspiraciones: su celo por la gloria de Dios, su caridad para con los hombres, le asocia á una mision destinada á tierras lejanas. Atraviesa el Mediterráneo y el Océano; terribles y repetidas tempestades ponen en inminente peligro el frágil bergantin; y el jóven que acaba de asistir á las miserias de

la humanidad en la oscuridad de un hospicio, es llamado ahora á correr grandes riesgos, á presenciar esos espectáculos pavorosos y sublimes, en que el débil hombre, luchando contra las fuerzas colosales de la naturaleza, desfallece una y otra vez, y arrodillado sobre una endeble tabla, invoca por la intercesion de la *Estrella de los mares* al que domeña los aquilones y disipa las borrascas.

Hay en los grandes espectáculos de la naturaleza algo que dilata y fortalece el alma; y cuando á ellos se une la vista de naciones diversas, de civilizaciones varias, de usos y costumbres diferentes, el espíritu adquiere cierta amplitud que influye de una manera favorable sobre el entendimiento y el corazon, ensanchando las ideas y elevando los sentimientos. Por esto agrada sobremanera el ver al jóven misionero, destinado á sentarse en la Cátedra de S. Pedro, surcar la inmensidad del Océano; admirar los magníficos rios, las soberbias cordilleras de América; atravesar aquellos bosques, aquellas llanuras, donde una naturaleza rica, fecunda, abandonada á sí misma, ostenta con lujosa profusion los tesoros de su seno en la abundancia, variedad y hermosura de sus plantas y animales; correr peligros entre los salvajes, dormir en pobres chozas ó acostarse á campo raso, y pasar la noche bajo aquel esplendente horizonte que sorprende al viajero en las regiones australes. La Providencia, que destinaba al jóven Mastai-Ferreti á reinar sobre un pueblo y á gobernar la Iglesia universal, le conducia por la mano, haciéndole visitar varias naciones, y contemplar las maravillas de la creacion. Restituido á Roma, y

estimado por Leon XII, es promovido al obispado de Spoleto; despues al de Imola; y elevado finalmente á la dignidad de Cardenal por el venerable Pontífice su antecesor, Gregorio XVI.

El Papa, segun noticias de personas que le conocen bien, reune dos cualidades: mucha sensibilidad y completo imperio sobre sí mismo: de aqui una grande igualdad de ánimo que conserva en todas las vicisitudes. Estas son precisamente las dos cualidades que forman los grandes caractéres, esos caractéres tan raros en el mundo. Sensibilidad, porque el hombre sin corazon es frio, es flojo, es incapaz de grandes acciones, y suele propender al egoismo. Cuando el sentimiento falta, la mente no es fecunda, los objetos se ven mal porque se miran desde un punto mezquino; lo grande se achica, y lo pequeño se convierte en fantasmas; en lugar de las emociones nobles y generosas, hay las miserables pasiones del amor propio, del miedo que retrocede ante los objetos de vastas dimensiones, y procura reducirlo todo á las proporciones estrechas del apocado espectador: con un corazon seco, no se sienten los males de la humanidad, ni las necesidades que ellas crean; no se siente la sublimidad del sacrificio, no se ama á los hombres con ese amor vivo, profundo, activo, eficaz que no se contenta con palabras estériles, que hace el bien arrostrando todo linage de dificultades, que no piensa ni en la maledicencia, ni en la ingratitud, y que inmola la vida, y si es necesario algo mas caro que la vida, el buen nombre, para hacer el bien de sus semejantes. Sensibilidad, que la han tenido muy delicada todos los

grandes bienhechores del género humano; que tambien la tuvo en alto grado Jesucristo, el que se compadece tan tiernamente de las turbas, *misereor super turbam*, que llora á la vista del sepulcro de Lázaro, que llora sobre las desgracias de Jerusalén, que en el huerto de Getsemaní, abrumado con una tristeza mortal, riega la tierra con sudor de sangre. Imperio sobre sí mismo: que sin esto el corazon es llevado por todos los vientos, y la flaqueza de la carne dañaria á la prontitud del espíritu; imperio completo, tranquilo, que nace de un alto temple de alma, de la fijeza en las ideas, de la premeditacion en los designios, y sobre todo de la rectitud de intencion, del testimonio de la buena conciencia. Entonces, cuando se reunen estas cualidades, hay irresistible energía en la accion, y firmeza incontrastable en la resistencia; entonces se verifica de una manera ámplia, sublime, el tipo del poeta: el varon justo á quien no conmueven ni los clamores de las turbas, ni el semblante airado de los tiranos.

En la conducta de Pio IX se refleja ese carácter: la empresa que ha acometido es tan árdua, se halla tan erizada de peligros, requiere tal combinacion de valor y de prudencia, de suavidad y de firmeza, exige atencion tan simultánea á tantos, tan variados, tan grandes objetos; puede contar con tantos embarazos, con tales ingratitudes, con tal copia de sinsabores, de pesares, de amarguras, que el solo intentarla, el concebirla, revela una grande alma.

III.

El Pontífice.

Lejos de que Pio IX se haya alucinado sobre el espíritu de la época, desconociendo los elementos de disolucion que en diversos sentidos y en todas partes se agitan, manifiesta en sus palabras y en sus obras que profundamente penetrado de la gravedad de los males presentes, y del peligro de otros que amenazan, se propone esforzarse por prevenir estos y remediar aquellos. En su Alocucion en el Consistorio secreto de 27 de julio de 1846, da las gracias á los Cardenales por la eleccion, pero se duele de que se hayan fijado en él sin merecerlo, "especialmente en estos tiempos, en verdad muy calamitosos para la Iglesia y el Estado." En sus letras apostólicas para el Jubileo universal, en 20 de noviembre del mismo año, señala como motivo de esta gracia "lo dificultoso de los tiempos y de las cosas," por lo cual cree serle "sobremanera necesario el auxilio divino, para apartar de la grey del Señor las ocultas asechanzas que por todas partes la rodean."

Pero donde resalta y brilla con todo su esplendor el celo y la alta prevision del Sumo Pontífice, es en su admirable Encíclica á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, dada en Roma el dia 9 de noviembre de 1846. Lejos de que el Papa abrigase el indigno pensamiento de rebajar en nada á su venerable predecesor, aprovecha la ocasion para tributarle el homenage de un profundo respeto. "Hé aqui, dice, que sin pensarlo ni imaginarlo siquiera,

por muerte de nuestro esclarecidísimo predecesor Gregorio XVI, *cuya memoria y cuyos ilustres y gloriosos hechos admirará ciertamente la posteridad esculpidos con caractéres de oro en los fastos de la Iglesia*, fuimos por los secretos designios de la Providencia elevados al Sumo Pontificado, no sin la mayor turbacion y estremecimiento de nuestro espíritu."

El Pontífice manifiesta en seguida la causa de esa turbacion y estremecimiento, diciendo; "si siempre se ha mirado y debe justamente mirarse como muy pesada y peligrosa la carga del ministerio apostólico, ahora en estos tiempos tan calamitosos para la república cristiana, es mucho mas temible."

Como si el Santo Pontífice hubiese previsto que algunos habian de recelar que le engañasen los impíos, y no conociese bastante sus inícuas arterías, traza con superior elocuencia el siguiente cuadro. "A ninguno de vosotros se oculta, venerables hermanos, que en nuestros aciagos dias se fragua contra todo lo que al catolicismo pertenece, la guerra mas cruda y espantosa, por esos hombres que unidos entre sí con sociedad nefanda, no pudiendo sufrir la sana doctrina, y apartando de la verdad sus oidos, se esfuerzan en sacar de las tinieblas toda especie de opiniones estravagantes, y exagerándolas con todo ahinco, procuran estenderlas y diseminarlas entre el pueblo. Llénanos de horror y de la mas cruel amargura, el considerar tantos y tan monstruosos errores, tantos y tan varios artificios para dañar, tantas asechanzas, tantas maquinaciones con que estos enemigos de la verdad y de la luz, y consumados

maestros en el arte de engañar, procuran extinguir en todas las almas el amor de la piedad, de la justicia, de la honestidad, corromper las costumbres, perturbar todos los derechos divinos y humanos, combatir y trastornar la religion católica y la sociedad civil, y hasta si fuera posible, arrancarlas de raiz." No es dable trazar con mas elocuencia y energía los males y los peligros de la época, ni pintar con mas fuertes colores los designios de la impiedad. Sin embargo, el Papa continúa el cuadro aumentando si cabe el horror de lo que acababa de describir. "Sabeis, venerables hermanos, que estos furiosos enemigos del nombre cristiano miserablemente arrebatados por el ciego ímpetu de frenética impiedad, han llevado á tal punto la temeridad de opinar, que con inaudita audacia, *abriendo su boca con blasfemias contra Dios*, no se avergüenzan de enseñar pública y paladinamente que los sacrosantos misterios de nuestra religion son falsos é inventados por los hombres, y que la doctrina de la Iglesia católica se opone á la ventura y bienestar de la sociedad, ni temen rechazar al mismo Cristo y Dios; y para alucinar mas facilmente á los pueblos y engañar á los incautos é ignorantes, é inducirlos en sus errores, pretenden que solo ellos conocen los caminos de la prosperidad; ni vacilan en arrogarse el título de filósofos, cual si la filosofía, cuyo único objeto es investigar las verdades naturales, debiese rechazar lo que el mismo Dios, supremo y clementísimo criador de toda la naturaleza, se ha dignado revelar á los hombres por un singular beneficio de su misericordia para que alcancen la felicidad y la salvacion."

Continúa el Pontífice esponiendo y refutando esos errores, habla del temerario y sacrílego atrevimiento de los que quisieran aplicar el progreso á la Religion, cual si fuese una invencion filosófica que por medios humanos pudiera perfeccionarse; indica rápidamente los motivos de credibilidad, encarga á los Obispos que con toda solicitud y esmero se opongan á los que con intento abominable pretenden, á pretesto de humano progreso, destruir la fe y sujetarla impiamente á la razon, y luego añade: "Por otra parte bien sabeis, venerables hermanos, los demás monstruosos errores y engaños con que los hijos de este siglo intentan combatir con la mayor tenacidad la Religion católica, la divina autoridad y las leyes de la Iglesia, y conculcar los derechos de la potestad asi sagrada como civil. A esto se dirigen los nefandos proyectos contra esta Romana Cátedra de san Pedro, en la que Jesucristo puso el inespugnable fundamento de su Iglesia; á esto las sociedades secretas, salidas de las tinieblas para ruina y destruccion de la Religion y de los Estados, anatematizadas repetidas veces por los Romanos Pontífices nuestros predecesores en sus letras apostólicas, que Nos con la plenitud de nuestra potestad apostólica confirmamos, y mandamos que se cumplan con la mayor escrupulosidad." Condena en seguida las sociedades bíblicas, el indiferentismo en materia de Religion, defiende el celibato del clero, llama al comunismo nefanda doctrina sobremanera opuesta al derecho natural, destructora de todas las propiedades, de todos los derechos, y de la misma sociedad humana; ni se olvida de amonestar á los Obispos y á los fieles pa-

ra que se guarden de las tenebrosas asechanzas de los que, vestidos con piel de oveja siendo rapaces lobos, se introducen bajo la mentida y fraudulenta capa de una piedad mas pura, de una virtud y conducta mas austera, é insinuándose blandamente y atrayendo con dulzura y suavidad, encadenan y ocultamente matan, y con terror apartan de todo culto religioso á los hombres, y dan muerte y descuartizan á las ovejas del Señor. Finalmente, se lamenta de "esa peste de volúmenes y folletos que por do quiera circulan, en los que se enseña á pecar, y que compuestos con seductor artificio y engaño, y esparcidos no sin grandes dispendios por todas partes para ruina del pueblo cristiano, diseminan por do quiera doctrinas pestilentes, depravan especialmente el ánimo de los incautos, y causan á la Religion los mayores daños. De ese aluvion de errores que por todas partes se estiende, de *esa desenfrenada licencia de pensar, hablar y escribir*, provienen la degeneracion de las costumbres, el desprecio de la santísima Religion de Cristo, la impugnacion de la magestad en el culto divino, los atentados contra la potestad de esta Silla apostólica, los ataques contra la Iglesia y la torpe servidumbre á que se ve reducida su autoridad, la conculcacion de los derechos episcopales, la violacion de la santidad del matrimonio, el enflaquecimiento de toda clase de gobiernos, y tantos otros daños sufridos por la religion y la sociedad civil, que á Nos, como á vosotros, venerables hermanos, nos obligan á derramar lágrimas."

Contra tantos y tan graves males y peligros, recuerda con san Leon que es gran piedad poner de

manifiesto los ocultos manejos de los impíos, y abatir y vencer en ellos al mismo diablo á quien sirven. Ruega y exhorta á que por todos los medios posibles se descubran al pueblo fiel la multitud de asechanzas, falacias, errores, fraudes y maquinaciones de los enemigos, que se le aparte "cuidadosamente de la lectura de los malos libros, que se le haga huir de las sectas y sociedades de los impíos como de la serpiente" y añade: "cuidad de inculcar al pueblo cristiano la debida obediencia y sumision á los príncipes y potestades, enseñándole segun el Apóstol, que toda potestad viene de Dios; que los que á ella resisten, resisten á lo ordenado por Dios y se hacen reos de condenacion; y que por tanto nadie puede, sin pecado, violar el precepto de obedecer á esta potestad, á no ser cuando mandase algo que fuese contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia."

Despues de inculcar á los pueblos sus deberes, recuerda tambien á los príncipes la obligacion en que están de defender la integridad y libertad de la Iglesia; y que Nos, dice, sosteniendo la causa de la Iglesia, sostenemos tambien la de su reino para que posean en paz sus dominios. Esta libertad de la Iglesia es uno de los pensamientos que dominan por decirlo asi al Pontífice. Roma no olvidará en mucho tiempo el espectáculo que se le ofreció el dia último de la octava de la Epifanía en la Iglesia de san Andrés, cuando en vez del P. Ventura á quien esperaba, vió subir al púlpito al mismo Papa, y dirigirle una homilía que rebosaba de la uncion mas tierna y penetrante; no olvidará la profunda impresion que causó en toda la concurrencia, cuando el Papa lle-

no de fervor esclamó: "Sí, Dios mio, yo que no ceso de orar por este pueblo fiel, os le recomiendo de nuevo: echad sobre él una mirada de misericordia, volved á él vuestros ojos misericordiosos. *Respice, Domine, de cœlo.* Venid, Señor, y visitad esta viña que vuestra diestra plantó, y que regásteis y fecundásteis con vuestra sangre, y cuyo cuidado me habeis encomendado. *Visita vineam istam, quam plantavit dextera tua.* Pero, Señor, que esta visita no sea una visita de justicia, no sea una visita para castigar á los malos colonos, sino una visita de misericordia que los convierta y los salve. Visitadla, Señor, y al visitarla, *apartad de ella esa mano de hierro que la oprime.*"

El Papa se propone reformar las órdenes religiosas, imitando á sus predecesores que lo hicieron tambien segun lo dictaba la prudencia, con arreglo á las circunstancias y á las necesidades de los tiempos. Con este objeto ha dirigido una carta encíclica á todos los Generales, Abades, Provinciales y demás superiores de dichas órdenes; y otra á todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos. Ambas son dignas de un Papa: en ambas respira el amor á los institutos religiosos, el deseo de conservarlos y aumentarlos por medio de una reforma. Difícil es encontrar en ninguna parte una apología mas completa y elocuente, de la que se halla en las breves cláusulas de ambas encíclicas. Dirigiéndose á los superiores de las órdenes les habla de este modo. "Amados hijos varones religiosos; salud y bendicion apostólica.—Tan luego como por los secretos designios de la divina Providencia fuimos encargados del gobierno de la glesia universal, deseamos vivamente entre la mul-

titud de cuidados y desvelos de nuestro ministerio apostólico, manifestar á vuestras religiosas familias el *singular afecto* de nuestro amor paternal, ampararlas con *todas nuestras fuerzas*, escudarlas, defenderlas, y procurar con todo nuestro poder su mayor bien y esplendor. Ellas en efecto, fundadas por varones santísimos, inspirados por el Divino Espíritu para procurar la mayor gloria de Dios omnipotente, y confirmadas por esta Silla Apostólica, constituyen con su diversidad de formas aquella hermosísima variedad que admirablemente circunda la Iglesia, y componen aquellas escogidas legiones auxiliares de Cristo, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron asi al cristianismo como á la sociedad civil: porque llamados sus individuos por un singular beneficio de Dios á la profesion de los consejos de la sabiduría evangélica, y reputándolo todo como detrimento por la eminente ciencia de Jesucristo, despreciando con ánimo esforzado é invicto todo lo terreno, y mirando únicamente á las cosas celestiales, se los vió *siempre* insistir en estas esclarecidas obras, con lo cual *merecieron bien de la Iglesia católica y de los Estados*. No hay en verdad quien ignore ó pueda ignorar, que las familias y órdenes religiosas, ya desde los primeros dias de su institucion brillaron por la multitud de varones, que insignes por su copiosa erudicion y vasto saber en todas las ciencias, radiantes de gloria por su santidad y todo género de virtudes, ilustres además por sus honrosas dignidades, abrasados en ardiente amor de Dios y de los hombres, y hechos un espectáculo á los ojos del mundo, de los ángeles y de los hom-

bres, no tenian otro placer que consagrarse dia y noche, y con el mayor afan y ahinco, á la meditacion de las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion de Jesus, propagar la fe católica y la doctrina desde el oriente hasta el ocaso, y pelear valerosamente por ella; sufrir con gusto las mortificaciones, tormentos y suplicios de todas especies hasta perder su propia vida; sacar á los pueblos rudos y bárbaros de los errores, de la ferocidad de costumbres y del cieno de los vicios, y atraerlos á la luz de la verdad evangélica, á la práctica de toda virtud y á la vida civil; cultivar la literatura, las ciencias y las artes, defenderlas y salvarlas de su ruina; formar maduramente en la piedad y buenas costumbres los tiernos entendimientos de los jóvenes, y sus corazones, blandos todavía como la cera, é imbuirlos en sanas doctrinas y traer á la senda de la salud á los que yerran. Ni es esto todo, pues con sus entrañas de misericordia no hay género alguno de caridad heróica que no hayan practicado hasta con peligro de su propia vida, para ofrecer con el mayor amor todos los auxilios de la beneficencia cristiana á los cautivos y presos, á los enfermos y agonizantes, á todos los pobres miserables y desgraciados, mitigar su dolor, y proveer por todos los medios posibles á todas sus necesidades.

»De aqui es que los Padres y Doctores de la Iglesia tributaron *justísimamente* los mayores elogios á los que profesaban la perfeccion evangélica, y pelearon denodadamente contra sus impugnadores, quienes *temerariamente proclaman que son inútiles estos sagrados institutos y perjudiciales á la sociedad.*"

Con tal prediileccion mira Pio IX á los institutos religiosos: al reformarlos, se propone su conservacion y prosperidad; y para lograrlo, se dirige á los superiores de los mismos, y á todos los Obispos del mundo católico, nombrando además una congregacion de Cardenales ilustres por su sabiduría y virtudes, de la cual forman parte algunos que pertenecen á órdenes religiosas. Dichosos estos institutos cuando son reformados con tan santa intencion, con tan ardiente celo, con tantas precauciones, con tantas garantías de acierto, y sobre todo bajo la accion de una autoridad tan legítima y competente como es la del Vicario de Jesucristo. ¿Qué mas pueden desear las ovejas que estar encomendadas á la solicitud de su pastor? No sufrirán violencias los religiosos, no esperimentarán despojos, no verán sus bienes en manos inmorales, y distraidos de los objetos piadosos. Lo que ha hecho el Papa hasta ahora indica lo que hará en adelante: dos conventos ha suprimido, uno el de San Alejo en Roma, del órden de los Gerónimos, porque desde la muerte del último abad solo habian quedado dos religiosos, y otro en Narni por razones análogas: pues bien, las rentas del primero han sido aplicadas á los clérigos regulares del órden de los Somascos, que se dedican á la educacion de la juventud, con la carga empero de proveer á la subsistencia de dichos dos religiosos durante su vida; las del otro han servido para aumentar la dotacion del Obispo de aquella ciudad. ¡Felices reformas las que se hacen de una manera tan suave, por medios tan legítimos, con intencion tan santa, y con tal espíritu de justicia!

No hablaria siquiera de las villanas calumnias, de las necias vulgaridades que se han propalado sobre las conspiraciones de los jesuitas contra Pio IX, y el ódio de Pio IX á los jesuitas, si no fuera necesario recordar dos documentos que han llamado de una manera especial la atencion pública. El uno es la escelente carta del P. Roothaan, general de la Compañía, al *Correo francés*, en que al rechazar la calumnia y esplicar la posicion de su órden con respecto á la variedad de las formas políticas, asegura que Pio IX desde su elevacion no ha cesado de dar á la Compañía de Jesus prendas de su benévolo y paternal afecto, y dice que para los jesuitas su deber como súbditos de los estados romanos será tanto mas fácil de cumplir, "cuanto que el Santo Pontífice que hoy ocupa la cátedra de San Pedro, reune al sagrado carácter de que se halla revestido, todas las virtudes que la Iglesia honra, todas las grandes cualidades que el mundo admira." El otro documento es la carta de Su Santidad al P. Perrone, en la que al manifestar cuán grato le ha sido que aquel sábio jesuita le dedicase el opúsculo titulado *Disquisicion Teológica sobre la inmaculada Concepcion de la Virgen María*, elogia la religion, la piedad, el talento, la ciencia del autor, y luego intercala un párrafo en que hace en breves palabras la apología de aquella órden: "Lo que es muy propio de un individuo de esa ínclita Compañía que tiene la satisfaccion de haber contado en su seno á tantos varones insignes por la pureza de costumbres, por el brillo de la santidad, por el saber en todos ramos, y muy beneméritos de la reli-

gion y de la sociedad civil." Asi habla Pio IX; asi aprovecha la oportunidad para responder á los que le suponian enemigo de los jesuitas.

La conducta del Papa está anunciando que bajo su pontificado será defendida con vigor la autoridad y la libertad de la Iglesia, sin consideracion á injustas exigencias de las potestades de la tierra. El pulso y detenimiento con que se procede en los asuntos de la Iglesia española, es una prueba del espíritu que preside á los actos del Pontífice; pero no es solo en una nacion de segundo órden donde Pio IX está dando pruebas de firmeza enlazada con prudencia; el negocio de los colegios mixtos en Irlanda manifiesta claramente que cuando está de por medio la religion, Pio IX no reconoce diferencia entre la flaqueza de España y el poderío de la Gran Bretaña. La Inglaterra ha dado á Pio IX muestras de simpatía, enviando á Lord Minto para tantear un arreglo sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas, los periódicos ministeriales ingleses han colmado de elogios al Santo Padre; todo estaba indicando las disposiciones mas propicias hácia la Santa Sede; ¡qué ocasion para vacilar! ¡qué razones tan especiosas podian fundarse en lo imperioso de las circunstancias, en la conveniencia de hacer un sacrificio para evitar mayores males! Hasta se trataba de una materia en que se hallaban divididos los pareceres de los Obispos. ¡Qué motivos para mostrarse condescendiente! Sin embargo, el Papa no ha vacilado en disgustar á la Inglaterra: la Congregacion de la Propaganda ha opinado en contra de los colegios mixtos, y el Papa ha aprobado esta deci-

sion, y la ha confirmado con su autoridad. Mientras proteje el Santo Padre la libertad de la Iglesia de Irlanda, estiende su paternal solicitud á las de Dinamarca, Suecia y Noruega, enviando segun dicen á Monseñor Rossi, prelado Romano, para procurar la emancipacion de los católicos.

En medio de tantas solicitudes, el infatigable Pontífice, devorado por el celo de la gloria del Señor, asiste á las solemnidades religiosas, dirige su palabra á los fieles, visita hospitales y demás establecimientos de beneficencia, los conventos de religiosos y de religiosas, acude á celebrar en iglesias particulares, distribuye la sagrada Eucaristía á los alumnos de un seminario, y mientras en su Encíclica de 25 de marzo levanta su augusta voz para escitar la caridad del mundo en favor de la desgr aciada Irlanda, habiendo dado antes el ejemplo socorriendo á los pobres irlandeses con mil escudos de su bolsillo particular, ampara al padre de familia, al huérfano, á la viuda, con aquellos rasgos de caridad que han hecho derramar lágrimas de ternura á todos los corazones sensibles.

Asi no es de estrañar, pues, que Pio IX haya escitado un entusiasmo tan universal. No es todo ficcion, no es todo amaños de la impiedad para arrastrarle á un abismo: hay mucho de eso ciertamente, pero no es todo eso; hay otra cosa: las naciones en masa nó fingen; y pocos ejemplos hay en la historia moderna de un lenguage de tanta veneracion, de tanto amor, de tanto entusiasmo como el que está resonando en todas partes por el actual Pontífice. No hay un periódico donde no venga escrito su nom-

bre; no hay un sitio donde no se encuentre su retrato. Y qué, ¿serán tambien ficciones inícuas las palabras de los pastores de la Iglesia? ¿Lo serán las del Cardenal de Bonald, del Arzobispo de París y de otros ilustres prelados? ¿Quién no se ha conmovido al leer las elocuentes palabras del Cardenal Arzobispo de Cambrai el dia de su solemne entrada en su Metrópoli? Se oye frecuentemente espresarse con entusiasmo á personas distinguidas que han tenido la dicha de hablar con Pio IX; pero no cabe encontrar palabras mas sentidas ni mas tiernas que las que acaba de pronunciar el Cardenal Arzobispo de Cambrai. "Esperais de mí, dice, mis amados hermanos, que os diga alguna cosa de la peregrinacion que acabo de hacer mas allá de las playas de la Francia.

. . . .

. . . .

»Nos hemos apresurado, muy amados hermanos, á pronunciar un nombre que está ya en todos los labios, y que vuestros corazones han repetido mil veces: Nos le hemos visto al muy amado Pio IX. Pio IX el grande, mas grande que toda alabanza, el mas generoso de los príncipes, el mas piadoso de los pontífices: entre todos los monumentos de Roma, el mas digno de ser contemplado; él, á quien el pueblo romano bendice, en quien fija sus ojos toda la Italia; él, á quien toda la Europa admira; él, á quien saludan tantas esperanzas y á quien rodea un inmenso amor. Le hemos visto..... ¡Cómo espresaros las emociones de aquella primera audiencia en que, trémulos de temor y de ternura, nos hemos hallado en presencia de la caridad y de la dulzura del Salva-

dor mismo! En sus ojos, ¡qué espresion de bondad! ¡Qué suavidad en su palabra! ¡Qué serena magestad en su fisonomía! Representaos una de esas figuras angelicales de Bruno y de Bernard, en que el pincel mas delicado se ha complacido en derramar todas las gracias de una virtud celeste. ¡Ah, si vosotros hubiéseis podido verle como Nos le hemos visto! Aquella calma de su frente, sin embargo de estar rodeada de tantas solicitudes; la confianza de su mirada cuando la fija sobre la imágen del divino Crucifijo que tiene siempre delante; aquella benignidad, aquella mansedumbre esparcidas en sus labios: no, no hay espíritu tan rebelde que no hubiese confesado la fe, no hay rodilla que no se hubiese doblado, no hay lengua que no hubiese esclamado: ¡Santo Padre, vos sois verdaderamente el Vicario del Hijo de Dios!"

IV.

Empresa de Pio IX.

¿Cuál es la empresa? Conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos ya que no es dable impedir que tome pretestos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un órden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas estrangeras; desarrollar en

los estados pontificios un espíritu público, que los prepare para atravesar sin trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la trasformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacía espiritual con la soberanía temporal; es decir, una condicion que no podria faltar, sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia, y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal.

Esta es la empresa de Pio IX; al menos tal la concibo en mi humilde opinion; empresa, sí, lo confieso, sembrada de dificultades, erizada de riesgos, rodeada de abismos: el problema es mas complicado de lo que parece; no se le resuelve, ni cantando un himno como los patriotas italianos, ni invocando el amparo de las bayonetas austriacas. La situacion de la Italia, las condiciones especiales á que están sometidos los estados pontificios, el carácter de la civilizacion moderna, el curso de las ideas, el espíritu de la época, todo se combina para producir por un lado necesidades, y embarazar al mismo tiempo la satisfaccion de ellas, suscitando obstáculos y creando peligros. Dícese que el Pontífice, en medio de su calma pasa ratos amargos; esto abona su prevision: pocos hombres se han visto en unas circunstancias mas críticas. Y estas no es verdad que las haya producido él ni sus venerables

antecesores; son hijas de la naturaleza de las cosas, de la marcha de las ideas y de los acontecimientos; son condiciones inseparables de una de esas grandes evoluciones que hace el género humano en la serie de los tiempos; uno de esos periodos á que la Providencia sujeta al mundo para hacerle pasar á un nuevo estado que el débil hombre presiente, pero que no alcanza á prever.

Como quiera, no conviene apocar el espíritu con ideas estrechas ó sentimientos poco elevados: la prevision es una gran cualidad, pero el miedo exagera; señálense en buen hora los peligros, pero no nos sobresaltemos facilmente por cada noticia que llegue de un pequeño motin. Vivimos en una época de agitacion, de zozobra; es preciso resignarse á ello: somos navegantes en mar inquieto; en vano nos prometeríamos bonanzas muy permanentes: ora terribles borrascas, ora fuertes marejadas, rara vez completa calma, escepto en aquellos momentos que preceden á tremenda tempestad.

Cuando se reflexiona sobre lo presente y lo porvenir, no con las prevenciones del espíritu de partido, ni con sueños de vanas utopias, ni con el apocamiento que liga el ánimo á un pequeño círculo de espacio y tiempo, sino con la luz de una sana filosofía, la enseñanza de la historia, y sobre todo con la fe en el entendimiento y la esperanza en el corazon, se descubre algo de sorprendente y sublime en la marcha de la humanidad, descollando entre los objetos mas dignos de contemplacion el poder espiritual y el dominio temporal de la Santa Sede. En los temores que tan facilmente asaltan el ánimo del débil mortal,

en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas, y nos consuela y tranquiliza. ¿Dónde está el imperio de los señores del mundo, que enviaban al suplicio á los santos Pontífices de los tres primeros siglos? No existe; y el pontificado permanece. ¿Dónde está el imperio de aquellos reyes bárbaros que talan, devastan, incendian la Italia y Roma? No existe. ¿Dónde está el imperio de los sucesores de Carlomagno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No existe; y el dominio temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia y su restablecimiento de la antigua república en Roma? Disipóse como el humo; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están esas repúblicas de Italia, que se prometian la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No existen; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Carlos V, de Francisco I, de Felipe II y sus sucesores? Se disiparon; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las obras de los generales de la república francesa, dónde las de Napoleon, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No existen; y la soberanía temporal de los sucesores de Pio VI y Pio VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y qué ha sucedido en el resto del mundo? ¿Pueden contarse las formas políticas que han caducado, las dinastías que han perecido, los reyes

que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma, asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Carlos V, sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleon, agitada por los carbonarios, en esa Roma, la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía.

Grande enseñanza para no aplicar á Roma el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que domina el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular, que hace fallar los cálculos de la política humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopias, sino en hechos, los que pareciendo un hermoso sueño de una fantasía poética , son una incontestable realidad histórica.

V.

La independencia de la Italia.

El malestar de la Italia, sea cual fuere su causa, es un hecho que se manifestaba por la necesidad de la proteccion austriaca para sostener el órden: un pais que necesita de proteccion estrangera está enfermo; sus fuerzas vitales no le bastan, pues que ha menester de las agenas. Hace ya muchos años que al hablar de la Italia, se vuelven instintivamente los

ojos hácia el Austria, no precisamente por lo que posee, sino por lo que proteje: hay, pues, en el fondo de los espíritus una conviccion de que la Italia no se basta á sí propia. Este es un hecho fundamental en la presente cuestion: es la clave para esplicar los nobles esfuerzos de Pio IX. La política del Papa no afecta solo á sus Estados, influye en toda la Italia: Pio IX debe haberlo previsto.

La Italia es el pais clásico de la agitacion; nunca ha podido constituirse bien. Durante el imperio romano, tenia cierta unidad facticia; mas bien que unidad era la union producida por una mano de hierro que comprime: sus municipios no dejaban de conservar antiguas diferencias, que debian manifestarse tan pronto como cayera el trono de los Césares. Envuelta la península italiana en el cataclismo universal de la irrupcion bárbara, siguió durante algunos siglos la suerte de los demás paises de Europa, en cuanto á ser destrozada por la guerra intestina, y atormentada por las invasiones estrangeras; pero mientras la Europa se encaminaba á formar nacionalidades fuertes y poderosas, la península italiana se fraccionaba, y cubria su suelo de diminutos principados y pequeñas repúblicas. La Italia ha tenido bastante espíritu de nacionalidad para no ser estrangera, pero demasiado poco para crear esas grandes unidades que vemos en Austria, Francia, Inglaterra, España y últimamente en Prusia y Rusia. Asi, los que piensan ahora en la unidad italiana, se entregan á un sueño desmentido por la historia: lo que no han creado catorce siglos, no lo crearán las sociedades secretas. La España, la Fran-

cia, el Austria, se han disputado con torrentes de sangre los pedazos de aquel pais siempre descoyuntado; pudiendo asegurarse, que á no haber existido la soberanía temporal del Romano Pontífice, la Italia hubiera perdido hasta ese rastro de nacionalidad que tantas veces no ha tenido mas vínculo que la lengua y el nombre.

No es pues de estrañar que la Italia se agite facilmente; esto ha sucedido en todas épocas. Afortunadamente los disturbios de Toscana, Módena y Luca no tienen la importancia de los disturbios de París: sin aplicar aquello de la *tempestad en un vaso de agua*, y sin desconocer la importancia que esto puede entrañar, es preciso no exagerar los peligros. Si ha de haber en Europa una nueva conflagracion, de otros puntos es probable que salga: la Propaganda italiana se agitará en un círculo pequeño, si no viene á favorecerla un rompimiento de hostilidades entre las grandes potencias de Europa.

Cerdeña, Estados Pontificios, Nápoles, hé aqui los tres puntos donde conviene tener la vista fija; una perturbacion profunda en alguno de ellos tendria ya consecuencias graves: con tal que los soberanos de esos tres paises sean dueños del movimiento, no hay que temer; el dia en que sucediera lo contrario, ya es preciso resignarse á complicaciones peligrosas.

Los estados limítrofes con el Austria, sufrirán siempre mas ó menos, la compresion de esta potencia; cuando eso faltase, por una guerra desgraciada en el Rhin, ú otra causa, quedarian por de pronto entregados á la anarquía, para pasar *inme-*

diatamente bajo el dominio ó protectorado de la Francia ó de la Inglaterra. Todas las alharacas de independencia y de libertad italiana en tiempo de la República y del Imperio, no eran mas que un homenage de sumision al Directorio ó al Emperador; lo mismo sucederia ahora; la duda solo está en si á un mariscal austriaco le sucederia uno francés, ó un almirante inglés. La Cerdeña, los Estados Pontificios y Nápoles seguirian la misma suerte, el dia en que cayesen sus actuales gobiernos; las vicisitudes serían mas profundas, pero el resultado fuera el mismo: no hay para aquellos paises esperanza de libertad, ni siquiera de independencia, el dia en que rompan los cetros que los rigen; y tal es la fuerza de las cosas, que despues de los mas grandes trastornos, habrian de volver á una situacion semejante á la que tienen ahora: en pos de torrentes de sangre, vendria otro tratado de Viena recogiendo los trozos dispersos, y pegándolos de nuevo.

Reconociendo estas verdades, no puede tampoco desconocerse otra, y es, que los gobiernos de Italia procederian muy mal si, contando demasiado con el apoyo del Austria, no procurasen estar dispuestos para acontecimientos que pueden afectar las relaciones de las grandes potencias. El Austria, estando en paz la Europa, y no oponiéndose ni la Francia ni la Inglaterra, puede con sus regimientos garantizar la seguridad de los gobiernos italianos: los cálculos en este punto están acordes con la esperiencia: pero si falta una cualquiera de estas condiciones, el Austria queda paralizada, ó cuando menos muy impedida. Los tiempos de la República y del Im-

perio, nos han dejado instructivas lecciones sobre lo que pudiera ser el Austria si sobrevinieran grandes conflictos: la España, sin las pretensiones de gran potencia, no se humilló como el Austria ante las águilas del capitan del siglo.

Aun prescindiendo de semejantes eventualidades, es preciso convenir en que todo gobierno cuya seguridad estriba en el apoyo estrangero, se ve forzado á condescendencias humillantes, es flojo y abandonado en su administracion, imitando la conducta de los particulares que con la seguridad de la munificencia agena, se olvidan del trabajo, caen en la desidia, y al fin se degradan. Por esto son siempre fatales las protecciones estrangeras; y á veces le sería menos dañoso á un pais el perder del todo su independencia, el convertirse en provincia de otro imperio, que el estar sometido á esa accion bastarda, que no se siente impulsada hácia el bien por ningun motivo, y que tiene muchos para hacer el mal, sin ningun género de responsabilidad. Pobres soberanos, los que tienen que ofrecerse á sus pueblos bajo la egida de otros soberanos; pobres monarcas los que tienen que sufrir reconvenciones como si fueran meros prefectos, y ni siquiera pueden como estos tener el consuelo de reclamar claridad y precision en las instrucciones, y medios para ejecutarlas.

Asi, pues, el trabajar por emanciparse de toda influencia estraña, el colocarse en tal situacion que no se necesite de su apoyo, es para todo soberano una tarea dignísima, una tarea que le aconsejan de consuno su decoro, su honra, el bien de sus pue-

blos, su propio interés y hasta su seguridad en un porvenir mas ó menos cercano. Si el Papa ha querido proceder de modo que no quedase ni motivo ni pretesto para mirarle como un protegido del Austria; si el Papa ha querido prevenir que en adelante no hubiese necesidad de que penetrasen en sus Estados los ejércitos austriacos para restablecer el órden; si el Papa, á mas de esa alta prevision política, se ha sentido animado del sentimiento de nacionalidad italiana, no hay corazon generoso que no deba aplaudirle, no hay alma noble que no deba felicitarle; en este hidalgo pensamiento se habrá conformado el Papa con el de sus predecesores, quienes al propio tiempo que defendian las prerogativas de la Iglesia, defendian tambien la independencia de la Italia.

Los revolucionarios en sus asonadas proclaman la independencia; pero este pretesto se funda en un hecho, cual es, la oposicion de los italianos á la dominacion estrangera. Es preciso esforzarse por dirigir ese espíritu, y no tratar de sofocarle: primero, porque esto sería poco noble; segundo, porque es imposible. Los pueblos son sumamente susceptibles en este punto, y con razon; ¡ay de las naciones donde faltára semejante susceptibilidad! habrian muerto. Hablando á españoles no hay necesidad de encarecer lo que vale el sentimiento de la independencia: tambien los españoles rechazarian con indignacion, no solo la dominacion material, sino la influencia preponderante. Nuestros padres lucharon durante seis años con el capitan del siglo, por no aceptar de sus manos un rey; la susceptibilidad de

la península italiana en punto á independencia, en ninguna parte será mejor comprendida que en la península española: sentimos perfectamente lo que debe de significar para un italiano la palabra de *adicto al Austria*, nosotros que tan hondamente sentimos lo que espresa la palabra *afrancesado*.

VI.

El gobierno pontificio y las altas potencias.

El desarrollo de un espíritu público que, por sí solo y sin auxilio de las bayonetas estrangeras, baste á contener una revolucion y á sostener el gobierno temporal del Pontífice, es un pensamiento digno de un Papa, y además es un pensamiento necesario. Será posible que Pio IX tropiece con tales dificultades interiores y esteriores, que no lo llegue á realizar como él desea; pero si su empresa no puede ser llevada á cabo ahora, lo será en lo venidero; otro Pontífice intentará lo mismo que Pio IX, y al fin uno de ellos lo conseguirá.

Fiar la suerte temporal de la Santa Sede al protectorado del Austria ni de otra potencia, es un error grave: es dormirse tranquilamente al borde de un abismo. Repetidas veces ha esperimentado Roma lo que hacia notar Conzalvi antes de la eleccion de Pio VII: que todas las potencias de que se habia esperado apoyo, no ofrecian al estado eclesiástico sino amigos inciertos ó indignos aliados; y tiene ahora aplicacion, y en adelante la tendrá mas, lo que á continuacion añadia aquel hombre célebre: que convenia buscar una nueva fuerza en todos los recur-

sos que no faltan jamás á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles.

La Santa Sede no puede fiar su porvenir temporal á las potencias del Norte; en ellas no hay suficiente garantía ni de fuerza ni de buena voluntad. No de fuerza, porque el núcleo de esta se halla demasiado lejos del punto que necesitaria proteccion; no de buena voluntad, porque aun suponiendo imposible un nuevo José II en el trono de Austria, no se puede perder de vista que el Rey de Prusia es protestante y el Emperador de Rusia cismático; y que ambos gobiernos han dado pruebas recientes, públicas, estrepitosas, de su espíritu de oposicion á la Religion Católica.

La política de Pio IX no ha debido agradar al Austria, pero será dificil persuadir á los hombres pensadores que el desagrado de aquella potencia sea un justo motivo de reprobacion. Esto, aunque prescindamos de todo sentimiento de nacionalidad é independencia, y atendamos unicamente al interés de la propia conservacion por parte del gobierno pontificio.

La clave de la política del Norte no está en Austria ni en Prusia, sino en Rusia; y esta última potencia no tiene ciertamente contraidos méritos con la Santa Sede. Mientras se conserve el *statu quo* en Europa, el protectorado del Austria, aunque humillante, podria ser verdadero; el dia de un conflicto europeo, este protectorado no significa nada: la Rusia se presentaria lo que es en realidad: la única potencia continental que puede arrostrar las iras de una revolucion en Francia, y todas las vicisitudes

de una conflagracion europea. Vencidas la Prusia y el Austria, y en revolucion la Alemania y la Italia, todavía la Rusia permaneciera en pie: con su poderosa marina en el mar Báltico y el Negro, con sus numerosos ejércitos, con sus tesoros de la Siberia, con sus pueblos bárbaros de que dispone con tanta inteligencia, con su inmenso territorio, con sus vallas de nieve, sepultura del mayor y mejor ejército de los tiempos modernos, la Rusia podria hacer frente á todos los conflictos europeos; y si en último apuro se aliase con los Estados-Unidos, podria desafiar desde sus nieves la cólera de todas las potencias coligadas, inclusa la Inglaterra. Comparad ese poder con el del Austria, cuya capital puede tomar en pocas marchas un ejército francés; en cuyos alrededores de Italia y de Alemania prenderia en un instante el fuego de la revolucion, y ved si es preciso pensar en algo mas que en el Austria, y si es cuerdo entregarse tranquilo á todas las eventualidades, cuyo último desenlace, si hubiera de ser feliz, sería principalmente debido á la prepotencia del Czar.

En el terreno de la diplomacia y de la dominacion política, la Rusia prepondera en el continente de una manera tal, que bajo este aspecto el equilibrio europeo no existiria si no hubiese el contrapeso de la Inglaterra. Pero fuera del campo diplomático y político, es decir, fuera de la accion ejercida por los gobiernos, hay el campo de las ideas, que se modifican en todas partes con rapidez, que influyen ya mucho en la política y en la diplomacia, y que indudablemente influirán mucho mas en lo

venidero. Bajo este aspecto la fuerza no se halla en la Rusia, sino en la Alemania y en la Francia; siendo esta última la encargada del papel de propagandista. Idioma que se habla ó al menos se entiende en todas partes; facilidad y brillo de espresion; arte de popularizar las ideas mas abstractas, hiriendo la fantasía con imágenes seductoras é interesando el corazon con toques delicados; el talento de la sátira, el arte de alabar ó deprimir exageradamente; estas son las cualidades de que dispone la Francia, esa Grecia de los tiempos modernos. Si un dia nuevos macedonios ó romanos la humillasen con sus conquistas, ella venceria á sus vencedores inoculándoles sus ideas: y el gigante del Norte, adormecido en los brazos de su bella esclava, empezaria á recorrer el periodo de todos los poderes del mundo: despues del apogeo la decadencia, y al fin la muerte. Ahora mismo, la cultura rusa es ya la cultura francesa; la nobleza rusa ha participado mucho de la influencia francesa; y si los efectos no se hacen sentir en la política, es porque hay un pueblo intacto en su inmensa mayoría, y la nobleza resiste á la accion disolvente porque tiene delante de sí el campo en que se forman y conservan las aristocracias poderosas, la conquista.

En el porvenir de Europa hay dos luchas, la de los gobiernos y la de las ideas: en aquella descuellan la Inglaterra y la Rusia, potencias anticatólicas; en esta sobresale la propaganda francesa, plagada de volterianismo con disfraces modernos. ¿Qué se infiere de aqui? Lo que se infiere es, que no conviene contar con apoyo estrangero; que es preciso des-

envolver las fuerzas propias; que es necesario no ligar la suerte con la de ningun poder político; que es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Europa hallen menos cosas que conmover, aprovechando cuerdamente lo que haya de bueno en el espíritu moderno para dar á las ideas una direccion justa y preparar á los hechos una transformacion pacífica.

¡Ay de los gobiernos que se duerman! ¡Ay de los pueblos que ellos gobiernen! ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para irlas acomodando á las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando. La Religion y la moral son eternas; ellas no perecerán: cuando los hombres crean haber pulverizado los cimientos del magnífico edificio, verán que el edificio no se desploma, porque está pendiente del cielo; la corriente de los siglos arrebatará lo terreno, pero lo celeste durará. Mas entretanto, ¿quién es capaz de abarcar las oscilaciones, los trastornos que cambiarán la faz del mundo? ¿Quién no preve las oleadas en que tendrá que flotar aquella navecilla que no puede perecer? Ah! cuando la historia nos muestra las revoluciones de ideas, de costumbres, de instituciones que nos han precedido; cuando la esperiencia de todos los dias nos hace palpar el cambio profundo que en todas partes se está realizando, la mente se abruma y anonada al pensar en los inmensos acontecimientos que se amontonan en el porvenir; y entonces, lejos, sí, lejos de estrañar, de ver con disgusto que un Papa, para prevenir mayores ries-

gos, arrostre otros menores, se admira uno de la sabiduría misteriosa que asiste siempre á la Santa Sede, y que se manifiesta soberanamente en los momentos mas críticos y terribles: entonces, lejos de esperimentar despego por el Santo Pontífice que ocupa la Cátedra de San Pedro, se levanta el corazon al cielo para implorar sobre Pio IX luz y fortaleza.

VII.

Las concesiones.

Sin duda que lo mas seguro para el momento era dejar las cosas *in statu quo*; pero el Papa no habrá olvidado que si bien las innovaciones han perdido á muchos gobiernos, tambien los ha perdido la tenacidad en la inaccion, que contenta con lo presente no se cuida del porvenir; de la inaccion, que por no sufrir hoy la molestia de una brisa, se espone á sufrir mañana los horrores de una tormenta.

Concesiones..... nada mas vago que esta palabra; la concesion puede ser un acto de prudencia ó de temeridad, de fuerza ó de flaqueza, de valor ó de miedo: segun las circunstancias, se deberá calificar la concesion; confundirlas todas en una clase sería discurrir con una pequeñez lastimosa. En política es peligrosa toda concesion que viene en pos de exigencias: aunque en sí misma fuera buena, trae consigo un gran mal que es el desvirtuar á la autoridad, arrastrándola á remolque de los revoltosos. Por esta causa no hubiera procedido bien el rey de Nápoles concediendo ahora: en tales casos, ceder

es suicidarse; está en peligro el órden público, la primera necesidad social; si la autoridad cede en medio del desórden y por el desórden, arroja el cetro en medio de la calle, para que las turbas lo conculquen y lo hagan pedazos. Mas el conceder previniendo la exigencia, obrando con espontaneidad y con absoluta libertad, es ejercer uno de los actos mas propios de un gobierno sabio, es satisfacer una necesidad antes que se convierta en exigencia, esto es, antes que se manifieste en hechos que harian funesta su satisfaccion.

Y hé aqui una esplicacion bien sencilla de la diferencia de conducta entre Gregorio XVI, y Pio IX: á Gregorio XVI se le exigieron innovaciones con las armas en la mano; se las exigieron tambien los estrangeros, ora indirectamente por consejos cuya publicidad los hacia inútiles, ora por la ocupacion de Ancona, amenazando con hacer sentir en Italia los efectos de la revolucion de 1830. Asi es que en Gregorio XVI las concesiones habrian sido mucho mas peligrosas, porque se las hubiera mirado, no como obra de buena voluntad, sino como producto de necesidad y flaqueza. Las victorias que precedieron al congreso de Viena aseguraron por algun tiempo el órden en Europa; pero no tan sólidamente que, á mas de otros disturbios, no ocurriesen las revoluciones de España, Piamonte y Nápoles, y que la Francia no presentase evidentes síntomas de un trastorno en un porvenir poco lejano. La revolucion de 1830 vino á conmover de nuevo á la Europa; siguiéronla de cerca el levantamiento de la Bélgica, disturbios en Cassel, Dresde y otros pai-

ses de Alemania, la sublevacion de la Polonia, las insurrecciones de Bolonia y otros puntos de los Estados Pontificios; flotó en Italia la bandera tricolor enarbolada por las tropas francesas en la ocupacion de Ancona; la Francia siguió agitándose vivamente durante cuatro años; en la península española ardian la guerra civil y la revolucion: con ese espectáculo, con estas condiciones, con tales precedentes, habiendo tenido que superar tales dificultades, que vencer tan grandes peligros, ved si no era muy arriesgado el dar el mismo Pontífice una nueva direccion á la política, y si no se habria mirado como humillacion hija de flaqueza, lo que hubiera sido resultado de una política prudente y de un corazon bondadoso.

Además, hay otra razon para que Gregorio XVI en sus últimos años no tratase de innovar: esta es una de aquellas obras que requieren largo tiempo; el Papa octogenario hacia muy bien en dejar este cuidado á su sucesor.

Pio IX lo ha hecho todo por inspiracion propia, sin ningun impulso ageno, ni esterior ni interior; y por esto, despues de una política de resistencia ha podido inaugurar una política de reformas. Las que ha hecho el Pontífice son graves, indudablemente; mayores de lo que nos hubiéramos atrevido á esperar, es cierto; están sujetas á peligros, es indisputable; pero ¿puede decirse que sean demasiadas, que pongan en peligro el trono pontificio, que amenacen trastornar la península italiana?

Cuando se hace un bien es necesario contar con los males que consigo trae; era imposible modificar

la política en ninguno de los Estados de Italia, sin que resultase alguna agitacion en mayor ó menor escala. Esta susceptibilidad, algunos la mirarian como razon bastante para no alterar nada; otros podrian ver en ella un motivo para reformar. Cuando un pais se halla en estado de susceptibilidad tan delicada, señal es que está enfermizo: con salud completa no se padecen facilmente accesos de convulsion.

En esos momentos críticos, en que un paso mal dado puede acarrear graves consecuencias, lo primero que ocurre al instinto de conservacion es no moverse en ningun sentido, mantener con rigor el *statu quo*, amenazar con la muerte á quien ose perturbarle, intimidar con la sospecha á quien aconseje la reforma. Además, en las revoluciones modernas hay tan terribles escarmientos, la palabra de reforma ha sido tantas veces sinónima de destruccion, la de libertad, de licencia, que se concibe muy bien la alarma que estos nombres puedan inspirar; se concibe muy bien que ocurra la idea de encerrarse inexorablemente en un sistema, de no salir de alli ni por exigencias ni sin ellas, de no hacer nada que los perturbadores hayan de aplaudir, para no llegar á nada de que puedan abusar. Se sabe de antemano que con nada se han de contentar ciertos hombres, no concederles pues nada para que no se envalentonen; se sabe que procurarán estraviar los sentimientos mas generosos del pueblo, no hacer pues nada que pueda dar vuelo á esos sentimientos; se sabe que han de abusar de los nombres mas sagrados, no emplearlos pues en ningun sentido; se sabe

que si se abre una ventana para respirar, han de querer una brecha, cerrar pues todas las puertas herméticamente; se sabe que si se encienden mas luces para alumbrar, querrán teas para incendiar, no aumentar pues la luz de ninguna manera, y resignarse á la pálida claridad de un panteon para evitar las llamaradas de un incendio.

Esto dice el instinto de conservacion; esto dice tambien la indignacion, justa si se mantiene en los debidos límites, y escusable hasta en sus estravíos, cuando se ve ese designio de destruir en nombre de la reforma, de oprimir en nombre de la libertad, de verter sangre en nombre de la humanidad, de dilapidar en nombre de la economía, de propagar el error en nombre de la ilustracion, de corromper la moral en nombre de los mas nobles sentimientos, de pagar con ingratitud todos los beneficios, de sumir en un piélago de desastres á los pueblos incautos, de condenar al ostracismo y hasta de llevar al cadalso á los Soberanos bondadosos. Indignacion justa cuando se mantiene en los debidos límites, y escusable hasta en sus estravíos, cuando se ve á ciertos hombres que buscan afanosos donde hay un error que sostener, una maldad que justificar, una injusticia que defender, para acudir presurosos, y profanando los santos nombres de humanidad y libertad, combatir toda libertad que no sea licencia, atacar toda buena accion que no lleve el sello de impiedad, mofarse hasta del heroismo si no consiente el baldon de entrar en inícua alianza contra lo que hay de mas santo en la tierra y en el cielo. Esto dice la indignacion; pero ¿qué dice la razon?

En la vida de las sociedades como en la de los individuos, en el trato privado como en el manejo de los negocios públicos, es preciso resignarse á encontrar siempre una mezcla de bien y de mal: el abuso cercano al uso, ingratitud al lado del beneficio, exigencias desmesuradas en compañía de pretensiones justas, ilusos arrastrados por los inícuos, riesgos al lado de esperanzas, necesidades junto con inconvenientes, lo peor en los confines de lo mejor. Tal es la sociedad, tal es el individuo; esto nos recuerda la historia, esto nos muestra la esperiencia; pero ¿dejaremos de hacer beneficios por no hallar ingratitud, renunciaremos á toda amistad por no tropezar con la perfidia, abandonaremos el trato de los hombres y los negocios de la vida, por evitar la iniquidad y las debilidades de los hombres y no sufrir los contratiempos de las cosas? Y quien esto hiciese, ¿no deberia recordar que él tambien es hombre, y que á su vez abunda de miserias, no le faltan debilidades, y quizás no está exento de injusticia? ¿No deberia considerar que, en queriendo evitar todo mal, se cae á veces en males mayores? ¿No deberia reflexionar que si los malos son los mas, será dificil resistirles por mucho tiempo; y que si no lo son, no hay inconveniente en unirse á los buenos para hacer con ellos el bien, y resistir á los malos? ¿No debiera reflexionar que el modo seguro de que los pretestos se hagan poderosos, es dejarles que se conviertan en verdaderos motivos;.y que el seguro camino de agravar el mal, es no pensar en aplicarle remedio, no poner el dedo en la llaga por temor de irritarla; y que se corre peligro de levan-

tar contra sí á los mismos buenos, abriendo campo á ilusiones peligrosas, con dejar intactos los abusos por temor de perder el uso legítimo?

VIII.

Sistema de resistencia absoluta.

La absoluta resistencia á toda idea de libertad, se podrá defender en teoría como el único medio de salvacion para las naciones; pero ello es que esta teoría se halla en contradiccion con los hechos. Empeñarse en que el sistema de Austria ó de Rusia es la sola esperanza de la sociedad, es desahuciar al género humano; porque el mundo no va por el camino de Metternich ni de Nicolás. Echad la vista sobre el mapa; ved la estension que ocupan las naciones civilizadas, y notad lo que le queda á la política de una resistencia absoluta. No se trata de saber si hay en esto un bien ó un mal, sino lo que hay. La América entera ha abrazado los sistemas de libertad; en todo aquel inmenso continente, no hay mas que un solo monarca, y este de poca importancia, y todavía con gobierno representativo: el emperador del Brasil, el hijo de D. Pedro. Toda la América está cubierta de repúblicas. En Europa hay formas de libertad política en Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda, Gran-Bretaña, Suecia, Suiza, en muchos puntos de la Confederacion Germánica, y se han empezado á ensayar en la misma Prusia. ¿A qué se reduce el dominio de las formas de absoluta resistencia? Esto en el espacio; ¿qué sucede en

el tiempo? Ved qué formas habia en muchos de aquellos paises ochenta años atrás, y notaréis la asombrosa rapidez con que las trasformaciones se han hecho: siendo el tiempo tan poco y el espacio recorrido tan grande, ¡cuánta debe ser la velocidad del movimiento! Así, pues, no sería muy acertada la opinion de quien hiciera descansar el porvenir del mundo sobre la política de Metternich.

No es asi, no, mil veces no: hay algo en la marcha de los acontecimientos, que no cabe en moldes tan mezquinos; hay algo en la corriente de las ideas que pasa por entre las vallas de bayonetas; hay algo en la agitacion presente y en los secretos del porvenir que no se encierra en las carteras diplomáticas. Es preciso no contar demasiado con los medios represivos, porque la esperiencia los muestra débiles; á ideas es necesario oponer ideas, á sentimientos sentimientos, á espíritu público espíritu público, á la abundancia de mal, abundancia de bien, á constancia en disolver, constancia en unir, á tenacidad en trastornar, perseverancia en organizar. Lúchese en buen hora con las armas, cuando sea preciso; pero sin olvidar nunca la fuerza de la palabra y de la pluma; sin olvidar que los discursos y los escritos han trastornado mas imperios que todos los ejércitos; que los estragos de la revolucion francesa fueron precedidos de las palabras de fuego de Rousseau y de Voltaire; que los triunfos de Napoleon sobre las monarquías antiguas, fueron precedidos de la lógica de Sieyes y la elocuencia de Mirabeau.

¿Pues qué? ¿No proceden con arreglo á esa po-

lítica previsora los mas adheridos á lo que habia de venerando y santo en la sociedad antigua? Su lenguage político, ¿es acaso el de 1814 y 1823? La política del Conde de Montemolin, ¿es la política de Don Carlos? Los manifiestos del jóven príncipe, ¿son los manifiestos de Portugal en 1833, y de las provincias del norte en los años posteriores? Los discursos del ilustre proscrito en los convites de Inglaterra, ¿contienen acaso el espíritu de la Gaceta de Oñate, y demás escritos de aquella época? Los partidarios del Duque de Burdeos en Francia, ¿hablan por ventura el lenguage de Luis XIV, ni siquiera de Carlos X? El mismo D. Miguel de Portugal, ¿no usa un lenguage diverso del de los tiempos de su reinado? ¿Qué significa ese homenage tributado á la libertad, á las reformas, á la tolerancia, al progreso? Todos los que lo hacen ¿son débiles ó ciegos? Entonces, ¿dónde están los fuertes y que tienen vista? ¿Por qué no han salido á torcer la marcha del género humano? ¿Por qué no salen? ¿Por qué no han revelado, por qué no revelan al mundo sus secretos? ¿Por qué no le cubren con su egida? ¿Cómo es que en tantos paises, tantos y tan poderosos intereses no han podido defenderse de esa invasion del espíritu moderno? Se dirá que porque no se ha sabido. Pero entonces ¿qué pensaríamos de instituciones que han carecido de lo que mas necesita toda institucion, que es un buen escudo? ¿qué de los hombres formados á su sombra, y encargados de su custodia y defensa? Grandes efectos suponen grandes causas; efectos universales requieren causas universales: cuando tantos tropiezan, fuertes obstáculos

habrá; cuando tantos sucumben, recio será el golpe que sufren; cuando tantos son arrebatados, muy poderosa será la corriente.

IX.

La Religion y la libertad.

Por ese espíritu de libertad que invade el mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un rio que se desborda, ¿hemos de temer que perezca la religion? No. La alianza del altar y del trono absoluto podia ser necesaria al trono, pero no lo era al altar. En los Estados-Unidos la religion progresa bajo las formas republicanas; en la Gran-Bretaña ha hecho increibles adelantos á proporcion que se ha desenvuelto la libertad; y si bien es cierto que en otros paises ha sufrido considerables quebrantos, no creemos que estos deban atribuirse todos á la ruina del trono absoluto. Durante los últimos sesenta años, la religion ha sufrido mucho en Francia, pero es bien seguro que sus heridas estaban abiertas antes, y esas heridas las habia recibido en tiempo de un gobierno absoluto: la religion no tiene que lamentarse tanto ni de Luis Felipe ni de Napoleon, como de Luis XV, y de su favorita Madama de Pompadour.

El espíritu de oposicion á la Santa Sede, ¿no fueron monarcas absolutos los que le fomentaron en la misma Italia? Los que tanto contristaron el corazon de Clemente XIII y de otros Papas, ¿de quién eran ministros sino de príncipes absolutos en los reinos mas poderosos de Europa? Pero han recono-

cido su error, se nos dirá: no se trata de eso, sino de sus obras y de los resultados; como quiera, lo cierto es que sin esos tronos, que se creian omnipotentes, el altar se conserva. Una palabra del Sumo Pontífice todavía conmueve el mundo en ambos hemisferios; y el poder de Luis XV y de Carlos III se ha hundido en América y en Europa; despues de largas catástrofes en sus imperios y familias, sus coronas conservan apenas sombra de lo que fueron, y algunos de sus infortunados descendientes vagan abrumados de infortunio por tierra estrangera.

Guardémonos de equiparar cosas tan diferentes: en la historia del mundo las formas absolutas ocupan unas breves páginas, la religion llena los fastos de los siglos. Los que temieran por la causa de la religion al ver que se han desplomado en unas partes y en otras bambolean las formas absolutas, habrian reflexionado bien poco sobre la enseñanza de la historia. ¿De qué tiempo datan esas formas, tales como las conocemos en Europa? Del siglo XVI. Llegan á su apogeo en el XVII, y empiezan á caer en el XVIII; estos son los hechos. Por el contrario, la religion cristiana progresa bajo la espada de los emperadores gentiles; se estiende entre las dificultades y hasta persecuciones que le suscitan algunos emperadores cristianos; permanece en pie en el cataclismo de la invasion bárbara, y sojuzga á los invasores por su ascendiente moral; se conserva mientras el feudalismo y las invasiones sarracenas destrozan la Europa; sufre un quebranto con el protestantismo, pero en cambio se estiende por las Indias orientales y occidentales; sale pura del crisol

de la persecucion en la revolucion francesa, y al mismo tiempo se propaga en Inglaterra y en los Estados-Unidos á la sombra de la libertad.

No se alcanza por qué se han de atribuir todos los males de la religion á las formas representativas; indudablemente se les pueden hacer en nuestra historia cargos muy graves, pero es preciso convenir en que muchas veces se les han achacado culpas que no habian cometido. Desde 1833, si el gobierno de Madrid hubiese sido absoluto, *salvas las demás condiciones*, quizás hubiera hecho mas daño; y es harto probable que en la cadena de providencias que empezó en la restriccion de las facultades de los Obispos para ordenar, y acababa en el proyecto de Alonso, se hubiera ido mas allá. Aun últimamente, ¿hay alguno que hubiese deseado á ciertos hombres ministros de un rey absoluto, sin cortes ni prensa? Las complicaciones de los últimos tiempos ¿hubieran sido menos peligrosas bajo un ministerio de un rey absoluto?

La accion de un gobierno no depende únicamente de las formas, sino del espíritu que á él preside: mientras la Inglaterra emancipa á los católicos, mientras las repúblicas de América piden misioneros, mientras los Estados-Unidos dejan en ámplia libertad á los fieles, la Rusia comete aquellos atentados de que tan sentidamente se lamentó en una alocucion Gregorio XVI. La democracia es funesta cuando está falta de religion y de moral; pero es todavía mas temible que la anarquía un monarca absoluto, cuyo gobierno adolezca del mismo vicio. La incredulidad sabe muy bien servir á los

reyes absolutos y tomarlos por instrumento. Las formas nada le importan. Los incrédulos aplaudirán á la república como al despotismo: segun los casos y las circunstancias, emitirán su voto en la convencion ó en un consejo de regalistas; ensalzarán los derechos imprescriptibles del pueblo ó los del monarca, declamarán contra los tiranos ó contra los que quieren usurpar las prerogativas de la magestad; se harán partidarios de la independencia de las naciones, ó se burlarán cinicamente de la muerte de un gran pueblo; llorarán sobre su tumba, ó insultarán su última agonía. ¡Cuánto no se lamentan ahora de la suerte de la Polonia los discípulos de Voltaire! Y sin embargo, la historia nos dice que mientras Clemente XIII, en 30 de abril de 1769, escribia á Luis XV, á Carlos III y José II, exhortándolos á que salvasen la Polonia, Voltaire en sus cartas al Rey de Prusia y á la Emperatriz de Rusia, se mofaba de los males de aquel pais, adulaba bajamente á los soberanos que se proponian matar su nacionalidad, y lo que es mas singular, cubria de befa y escarnio á los caballeros franceses que habian ido á pelear por la independencia polaca.

En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion: todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas. La proteccion de los reyes absolutos le produce un bien, cual es el ampararla contra los perturbadores violentos; pero esa misma proteccion degenera en usurpaciones escandalosas: testigo el abuso que se ha hecho de las regalías. La tolerancia de las formas libres la daña con la licencia, que estravia las ideas y corrompe las costum-

bres; pero en cambio la deja mas espedita en el ejercicio de sus funciones augustas: testigo la Bélgica, la Inglaterra y los Estados-Unidos; testigo esa misma Francia, donde se halla solo en las formas libres la esperanza, ya que no la realidad, de derribar un dia el monopolio universitario. Es preciso pues no ligar con demasiada intimidad unas cosas con otras, no apocarse el espíritu con ideas pusilánimes, y no lanzar un *ay!* de espanto á cada paredon que se desploma en los antiguos edificios del mundo político. Todo lo humano envejece; todo se reduce á polvo; los mismos cielos y la tierra pasarán; lo que no pasará es la palabra de Dios.

Por estas razones considero como una empresa, peligrosa sí, pero noble, digna de una alma grande, el hacer á su tiempo las debidas reformas, manifestando que no se teme el movimiento de la época, para atraer á todos los espíritus nobles, persuadiéndoles que en la religion no hay nada que se oponga al buen órden en la administracion, al progreso material, al desarrollo de la inteligencia, al ejercicio de la libertad política; que entre las formas humanas que caducan y se arrumban, no debe ser contada la religion católica; y que ella con sus dogmas, su moral, su gerarquía, su autoridad, puede permanecer ilesa en medio de las vicisitudes de los imperios; que puede plantar la cruz sobre el palacio de los Césares como sobre las asambleas populares; que puede ungir á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, ó bendecir un camino de hierro; que puede ser heróica bajo la coraza de un cruzado ó la humilde toca de una hermana de la caridad; que

puede defender á un Rey contra las huestes de Napoleon, ó la libertad republicana en las banderas del Sonderbund.

X.

Reformas políticas y administrativas.

Hé aqui cuál habrá sido el pensamiento del Pontífice. Se decia que el Papa no podia perdonar sin destruir su poder temporal, pues una amnistía completa; se decia que la administracion de Roma no podia mejorarse bajo el dominio eclesiástico, pues que un Papa la reforme, y que en esta reforma sus auxiliares sean eclesiásticos; que no podia fiarse del pueblo, pues las armas al pueblo; que no podia tolerar que se desenvolviese en sus estados el espíritu público, pues mayor latitud á la imprenta; que solo podia mantener el órden con el apoyo estrangero, pues nada de estrangero; que no podia permitir que la capital se agitase por la intervencion en los negocios administrativos, pues á la capital una municipalidad; que no podia dejar que influyese en el gobierno la opinion del pais, pues al pais una Consulta de Estado.

La amnistía, no habrá quien se atreva á combatirla en la region de los principios; ya porque esto sería poco noble, ya tambien porque es doctrina corriente entre los publicistas, y confirmada por las lecciones de la historia, que este es un medio necesario para poner fin á las discordias civiles. En cuanto á su oportunidad, no cabe hallarla mejor que la

inauguracion de un nuevo pontificado; por lo tocante á su latitud, basta leer sus artículos para convencerse de que por la generosidad no se olvidaba la prudencia.

Se dirá tal vez que en España la amnistía de 1832 fue seguida de un cambio completo en el personal del gobierno, y luego de una revolucion; y que es temible suceda lo mismo en Roma, pues que causas semejantes producen efectos semejantes: este argumento vale lo mismo que los siguientes: dos individuos salen á tomar el sol, el uno ha muerto de las resultas, luego tambien morirá el otro; dos hombres beben de un mismo licor, el uno se ha embriagado, luego tambien se embriagará el otro; el frio de abril hizo grandes daños á la cosecha, luego tambien los hará el frio de enero; en Sevilla perjudica á la salud el llevar mucho abrigo, luego sucederá lo mismo en San Petersburgo.

Los argumentos de paridad valen poco, cuando hay muchas diferencias entre los puntos comparados: y estas diferencias son tantas en el caso presente, que hacen olvidar la semejanza. Aqui habia cuestion dinástica; en Roma no. Aqui era inevitable la guerra civil; en Roma no. Aqui habia regencia; en Roma no. Aqui se daba la amnistía como un llamamiento al partido liberal, para que viniese á defender á Isabel contra los carlistas; en Roma no. Aqui fue la amnistía una seña, por la cual hasta tomó un nombre propio el partido preponderante; en Roma no. Aqui, en el mismo texto se adulaba á los amnistiados; en Roma no. ¿Se quieren mas diferencias? Señalaré una que incluye varias, á las cuales

no es necesario descender. En España, y en época tan difícil, gobernaba una princesa, Doña María Cristina, que por su juventud, sexo y demás circunstancias, podia ser facilmente engañada por errados consejos; en Roma es un Papa, y con las altas cualidades de Pio IX. Esta es una diferencia importante.

Al establecer la guardia cívica, el Papa no se ha conformado con la opinion de los que reprueban absolutamente el armar al pueblo; pero esta reprobacion aunque se puede defender con buenas razones, no deja de estar sujeta á dificultades. ¿Quién condena el armamento, los monárquicos ó los liberales? Si los monárquicos, ¿por qué aplaudian al armamento de los voluntarios realistas? Si los liberales, ¿por qué aplaudian el de la milicia nacional?—Todo depende de las circunstancias, del modo y del objeto.—Sea en buen hora; pero conceded al menos que la cuestion no es de principios sino de prudencia; y cuando examineis lo hecho en Roma, examinadlo como cuestion de prudencia, y no de principios.—Pero la guardia cívica es un elemento revolucionario.—¿Y quién os lo ha dicho? ¿Cómo lo sabeis? A larga distancia, sin conocimiento del pais, ¿veis vosotros lo que el Papa no ve? ¿Habeis estudiado el reglamento? ¿Habeis examinado á fondo el espíritu de las clases entre las cuales se distribuyen las armas? ¿Estais seguros de que en vez de un elemento de revolucion no podrá ser un medio de contenerla?—No: pero juzgamos por analogía: ved lo que ha sucedido en España.—¡Ah! ¿no oponeis mas que esto? Me recordais la semejanza, hé aqui las diferencias. Pio IX

no arma la milicia como un recurso de guerra civil. Pio IX no arma la milicia cediendo á representaciones de generales en mando. Pio IX no arma la milicia despues del desarme de otra milicia, cuya sangre corrió en las calles de Madrid.—Pero hay algo de semejante en la agitacion, en la alegría de los liberales, en los aplausos de los revolucionarios.—Sí; pero notad las diferencias. Aquí la Reina Cristina, con su amnistía y demás, hacia una alianza con el partido liberal, para que sostuviese su regencia y el trono de doña Isabel II contra D. Carlos; Pio IX no lo hace, pues no tiene rival. Aqui se empezó por destituciones en masa, por persecuciones; en Roma no. Aquí se cometieron tropelías, aqui se asesinó atrozmente; en Roma no. Aqui, desencadenadas las pasiones, no se daba satisfaccion á la justicia; en Roma, un perdido da una bofetada á un jesuita, y el Papa, á mas de encargar á los tribunales la vindicta, hace llamar al ofendido, le abraza, y da asi una prueba pública y solemne de amor á la justicia. ¿Hubo en Madrid quien hiciese algo semejante por las santas víctimas de las casas de los jesuitas, de San Francisco, de Santo Tomás, de la Merced? Aqui. . . . . pero basta, no conviene continuar el parangon; esto nos traeria demasiado lejos, y nos empeñaria en las cuestiones políticas; solo añadiremos que al lado de la semejanza se pueden señalar tantas diferencias, que los temores que nacen de aquella se olvidan con las esperanzas que estas inspiran. Nótese un hecho. En Francia, en España, en todas partes donde ha habido revolucion, á los pocos meses de haberse emprendido marcha nueva, ya el gobierno no era

dueño del movimiento; ya era arrastrado con violencia: en Francia Luis XVI, ya era mas bien un prisionero que un rey; en España la Regencia de doña Cristina, estaba á merced de los partidos: hace año y medio que en Roma hay marcha nueva, movimiento, vivas, y sin embargo el gobierno del Papa es completamente dueño de la situacion; no ha sufrido el Pontífice un solo desacato, no ha visto una sola vez despreciada su voz ni conculcada su autoridad.

El reglamento de la guardia cívica de 30 de julio de 1847 tiene mucha amplitud; baste decir, que es obligatoria para todos los ciudadanos de 21 hasta 60 años; que la activa comprende á los artesanos con tienda abierta; y la de matrícula de reserva, que deberá incorporarse con la activa en caso de necesidad y con órden del gobierno, no escluye á nadie. Esto es muy democrático: ciertamente. ¿Será revolucionario? no es tan cierto. No ha habido institucion mas democrática que los voluntarios realistas de España, y tampoco ha habido un baluarte mas firme contra las tentativas revolucionarias: testigo la esperiencia de los diez años.

Pero esta latitud no se ha establecido sin precauciones. Son escluidos los que no puedan probar con documentos una irreprensible conducta pública y privada, y además conocida adhesion al gobierno pontificio. ¿Y quién forma el alistamiento? Una comision nombrada por el gobierno. En los distritos de Roma nombra las comisiones la misma secretaría de Estado; en las provincias los legados y delegados. La presidencia de estas comisiones pertenece

siempre al primer magistrado ó á su legítimo representante. El servicio es personal; no puede haberle *mercenario*, orígen de inconvenientes gravísimos; solo se permite la sustitucion de un pariente por otro pariente. Todos los oficiales de estado mayor, y hasta los capitanes de las compañías, son nombrados directamente por Su Santidad. En cuanto á los gefes inferiores, se forman ternas por eleccion de los mismos milicianos; siendo notable que para los cabos, quien escoge de la terna es el capitan; para los sargentos, el oficial comandante superior donde haya muchos batallones, ó el consejo de gobierno donde solo haya un batallon; para los subtenientes y tenientes quien elige es el mismo Papa, que además se reserva hacer renovar la eleccion cuando lo considere oportuno. Por manera, que en último resultado, todo está bajo la inmediata vigilancia y autoridad del gobierno. Si á esto se añade que la guardia cívica no puede deliberar, pedir, ni aun reunirse sin permiso de la autoridad, y que la contravencion es considerada como un delito contra la seguridad pública, que en todas partes depende de la autoridad, y que en Roma está sujeta directamente á la Secretaría de Estado, se inferirá que sería menester mucha imprevision y hasta torpeza por parte del gobierno para que semejante institucion pudiera convertirse en un elemento revolucionario.

El Consejo y Senado de Roma, creados por el *motu propio* de 1.° de octubre de 1847, no son una institucion política, son una mera municipalidad. El Papa lo dice en el preámbulo terminantemente: su objeto es el dar á Roma el esplendor antiguo de su

representacion *comunal*, con un consejo que delibere y una magistratura que ejecute las resoluciones en aquellos ramos de administracion *municipal* que puedan convenirle. En esto, y salvas las diferencias entre una capital y las poblaciones subalternas, no se hace mas que instituir en Roma lo mismo que hay en el resto de los estados pontificios; por manera que se previene y manda sean aplicables á Roma las leyes y costumbres vigentes en la organizacion y arreglo de las otras municipalidades del Estado.

Es de notar que el Consejo ó cuerpo municipal deliberante, debe en su primera instalacion ser nombrado por el mismo Papa; escepto los cuatro diputados para representar á los cuerpos eclesiásticos, lugares pios y otros establecimientos públicos, los cuales serán nombrados, mitad por el Cardenal Vicario, mitad por la autoridad gubernativa. De suerte que en la primera instalacion todo está en manos del Pontífice. En lo sucesivo el nombramiento de los miembros será hecho por el mismo Consejo, ó bien en el modo que se establecerá por las nuevas leyes sobre organizacion municipal, salva siempre la aprobacion superior, á tenor de las leyes generales.

A mas de las precauciones que se toman con respecto á los elegibles, la presidencia del Consejo corresponde á la autoridad gubernativa: las reuniones ordinarias son tres al año; y no puede haber convocacion estraordinaria sino en los casos y en el modo que se practica en las otras municipalidades del Estado, y cuando el Soberano quiera.

La Magistratura ó cuerpo municipal ejecutivo, está formado de un Senador, que es su cabeza, y de

ocho conservadores: esta magistratura se denomina y constituye el Senado Romano. El Consejo nombra á la Magistratura de entre los individuos de su propio seno, con arreglo á las condiciones establecidas en la ley; pero el Senador es escogido por el Papa sobre una terna que se le presenta de entre los consejeros de mas alto mérito, de mayor renta, y de mas elevada condicion.

En el *motu-propio* se determinan las atribuciones de dichos cuerpos, y en ninguna de ellas se encuentra nada de político. Todo es de pura administracion, en lo cual es regular obtenga no pocas ventajas Roma y su comarca.

No se alcanza qué es lo que se puede objetar á una medida que á una ciudad como Roma, la dota de un *Ayuntamiento.*

El cuerpo verdaderamente político es el instituido por el *motu-propio* de 15 de octubre de 1847. Su nombre es *Consulta di Stato*. Este cuerpo no se parece en nada á los Congresos y Cámaras de otras partes: le podemos llamar en castellano *Consulta de Estado*, para dejarle un nombre característico; aunque atendidas sus atribuciones no habria inconveniente en darle la denominacion comun de Consejo de Estado. He aqui las principales disposiciones.

La Consulta de Estado se compone: 1.° De un Cardenal presidente, que toma el título de Cardenal presidente de la Consulta de Estado. 2.° De un Prelado Vice-presidente. 3.° De veinte y cuatro Consultores de Estado repartidos en el modo decretado ya, esto es, cuatro por Roma y su comarca, dos por la

provincia de Bolonia, y uno por cada una de las otras provincias.

El número de los individuos, *veinte y cuatro*, es una poderosa garantía de que este cuerpo no degenerará facilmente en una asamblea revolucionaria.

El nombramiento del Cardenal Presidente, y el del Prelado Vice-Presidente, pertenece á Su Santidad; igualmente es el Papa quien nombra á los Consultores, sobre ternas de candidatos que mandan á la Secretaría de Estado los respectivos consejos provinciales por medio del presidente de la provincia. Estas ternas son formadas por los Consejos provinciales sobre otras tantas ternas que les trasmiten los consejos comunales de la provincia, y en cuya formacion se toman muchas precauciones con respecto á las cualidades de los elegibles: entre varios otros requisitos se necesitan 30 años cumplidos, y ser de recomendable conducta. El oficio de Consultor de Estado dura cinco años; su renovacion se hace por quintas partes en cada año. No hay inconveniente en ser reelegido; pero entre la segunda eleccion y la tercera, debe pasar al menos un quinquenio. Si un Consultor de Estado en el tiempo de su eleccion no es empleado del Gobierno, y recibe despues un empleo, cesa inmediatamente de ser Consultor y hay lugar á nueva eleccion.

La Consulta de Estado se divide en secciones, y se reune ó en ellas ó en junta general: las secciones son cuatro: primera, de Legislacion; segunda, de Hacienda; tercera, de Administracion interna, comercio, industria y agricultura; cuarta, fuerza armada, trabajos públicos, cárceles, casas de correc-

5

cion y de castigo. El Cardenal presidente, ó en su ausencia el vice-Presidente, tomadas las órdenes del Soberano, distribuye al principio de cada año á los consultores en las secciones respectivas. Las juntas generales son presididas por el Cardenal ó por el Prelado: cada seccion nombra su presidente particular: cuando algunas de estas tuvieren un asunto comun pueden discutir y deliberar juntas, prévia autorizacion del Cardenal ó del Prelado vice-Presidente; y en este caso, la presidencia de las secciones reunidas corresponde al Prelado.

La Consulta de Estado es instituida para *coadyuvar á la Administracion pública*, y por lo mismo será *oida* en los negocios gubernativos de interés general del Estado ó especial de una ó mas provincias; en la formacion y modificacion de las leyes y reglamentos administrativos, en la creacion y amortizacion de la deuda, en el exámen de los presupuestos, de los aranceles, de los tratados de comercio, y en la revision y reforma de la actual organizacion de los consejos comunales y provinciales. Las deliberaciones de la Consulta son *consultivas*. La direccion de ellas pertenece al Cardenal Presidente, quien *determina y pone* las cuestiones que se han de resolver. Cada miembro toma la palabra segun el órden de su asiento. Nadie puede tomarla cuando no le corresponde, si no obtiene la autorizacion del Presidente. La mayoría de votos hace legítima la deliberacion; en caso de empate, el voto del Presidente es decisivo.

Hay un secretario general, que asiste á las reuniones generales de la Consulta, y redacta el pro-

ceso verbal en que se contienen los nombres de los consultores presentes, los negocios puestos á discusion, un estracto de las opiniones emitidas y los términos precisos de la deliberacion. Los negocios discutidos tanto en junta general como en las secciones, son llevados al Consejo de ministros, y de alli, asi el voto motivado de la Consulta como de los ministros, con los respectivos procesos verbales, son elevados á la consideracion del Papa por órgano y con relacion del Cardenal secretario de Estado. El Pontífice se reserva consultar á todo el colegio de Cardenales, siempre que vea que se trate de asuntos de interés muy grave.

Claro es que las dificultades que puede haber en una institucion semejante han de ofrecerse en su primera convocacion: pues bien; el gobierno pontificio, con esta mira, ha puesto un artículo que le deja en la mas ámplia libertad, dándole tiempo para tomar todas las precauciones que juzgue necesarias: los inconvenientes que pudiera presentar la eleccion establecida en este *motu propio*, se aplazan para el mes de octubre de 1849, previniéndose que los reunidos el 15 de noviembre del presente año se mantendrán en ejercicio hasta fin de octubre de 1849, en que tendrá lugar la primera eleccion y nombramiento de los nuevos consultores. La renovacion se hará por quintas partes, y *por suerte* en el primer quinquenio: en seguida cada cual seguirá el turno segun la fecha de su propia eleccion.

Junto á la Consulta de Estado hay un cuerpo que se puede mirar como un plantel de empleados públicos: estos son los que se llaman Oidores de la

Consulta de Estado. Los hay de primera y de segunda clase: su número es solo de veinte y cuatro. Para aspirar al nombramiento de oidor de segunda clase se necesita la edad de 21 años, y ser licenciado en filosofía ó en derecho. El nombramiento *pertenece al Soberano* sobre ternas formadas por la Consulta. Para ser nombrado oidor de primera clase, se necesita haber desempeñado laudablemente el oficio de oidor de segunda, á lo menos por dos años. Los de primera clase, transcurridos cuatro años de servicio nunca interrumpido (en los cuales se cuentan los dos años de oidor de segunda clase), si le hubieren ejercido con exactitud, laboriosidad y buena conducta, tienen derecho á un empleo ú oficio correspondiente á su edad, esperiencia y disposiciones, debiendo ser preferidos á los demás pretendientes. Los oidores serán repartidos en las secciones por el Cardenal Presidente ó el Prelado Vicepresidente. Los de primera clase podrán ser facultados por los presidentes de las secciones para asistir á ellas, y aun ser nombrados relatores y secretarios de las mismas. No podrán tener este encargo los oidores de segunda clase, quienes son considerados como auxiliares de los de primera. El oficio de oidor es gratuito, debiendo servir para instruir á los jóvenes y hacerlos aptos para el buen desempeño de los empleos gubernativos.

La institucion de la Consulta de Estado es un modelo de sabiduría y prudencia. Se establece un conducto legal para que suba á la region del gobierno la influencia de la opinion pública, y llegue á los oidos del Soberano la voz de las necesidades de los

pueblos; pero se conserva íntegra, intacta, la plena soberanía del Papa. Asi lo consigna en varias partes el *motu propio*; asi lo ha repetido el Pontífice en su alocucion á los consultores. Lo que en este como en otros actos se ha propuesto Pio IX, él mismo lo dice: "acercar mi pueblo á mi persona para unirlo á mí, y conocer por mí mismo sus necesidades y satisfacerlas..... A este fin he reunido en derredor mio una Consulta permanente, para *oir* su dictámen en mis *soberanas* resoluciones."

No ha querido el Papa que sobre este particular quedase la menor duda; y asi añade: "El que crea otra cosa del concurso de este cuerpo, se equivoca muchísimo. Sí, en gran manera se engañará el que en la Consulta piense ver sus propias utopias, y el gérmen de una institucion que es incompatible con la soberanía pontificia."

El Papa en la misma alocucion habla con dignidad, pero con firmeza, contra "los que, no teniendo nada que perder, aman los trastornos y las sediciones, y *abusan* de las concesiones que se hacen," en lo cual manifiesta conocer bien el terreno en que se halla. Si alguno insistiera, pues, sobre la posibilidad del abuso, no haria mas que repetir lo que Pio IX ha dicho ya; y en verdad que no sería gran descubrimiento el de anunciarnos que se intentará abusar. Hay previsiones que, por lo vulgares, no merecen tal nombre; y el manifestarlas con énfasis mereceria un dictado que no es preciso escribir.

Cuando se concede algo, nunca falta quien pide mas; en la variedad de los pensamientos, deseos, intereses, ilusiones, pasiones, miserias, maldades

de los hombres, es imposible gobernar dejándolos satisfechos á todos; y por lo mismo es imposible tambien, que cuando se hacen cambios no haya inquietud y agitacion. Mas por esto, ¿será preciso condenarse á no cambiar nada? En tal caso sería preciso condenarse á un sistema completamente estacionario; á uno de esos sistemas que tarde ó temprano disipa cual polvo el huracán de las revoluciones.

En lo tocante á la prensa, sabido es que la ley es sumamente cuerda; y para calmar los temores inspirados por el abuso, basta saber que el gobierno se ha reservado plena libertad de proceder como considere conveniente, por el mero hecho de conservar la prévia censura. A pesar de todo, es indudable que este será uno de los puntos que mas dificultades ofrezcan al gobierno pontificio; pero es preciso resignarse á esas dificultades que nacen de la misma naturaleza de las cosas, y ver cómo se pueden disminuir los inconvenientes, ya que no sea dable destruirlos. El pensamiento y su espresion son cosas tan indefinibles, tan varias, toman tal diversidad de formas, que muy dificilmente se las somete á reglas. En esta parte, lo mas sencillo es ahogar toda palabra escrita, y reservarse el gobierno para sí solo el derecho de hablar por medio de un periódico oficial; ¡pero ah! que lo mas sencillo no es siempre lo mas discreto, y sobre todo lo mas durable. En la inmensa espansion, en la fuerza que han tomado las ideas en las sociedades modernas, cuando todo el mundo lee, y razona, y disputa, y alaba, y censura, el privilegio esclusivo de los gobiernos en materia de escribir sobre los asuntos públicos, es una

empresa harto dificil: este privilegio podrá ser, si se quiere, una cosa escelente, pero ello es que existe ya en pocas partes del mundo, y que está amenazado de desaparecer en todas. Si alguno pretendiere que solo en esos pocos paises hay verdadera prudencia, que en todos los demás se yerra, se podria replicar que esto equivale á espedir á la mayor parte de las naciones civilizadas el título de imprudentes; lo cual, á mas de ser bastante atrevido, es del todo inútil: el género humano sigue su camino, sin cuidarse mucho de protestas impotentes.

XI.

La reforma, ¿degenerará en revolucion?

La política de Pio IX no puede atribuirse á escesivo candor, si no se quiere que esta palabra signifique candorosa cortedad: creer que el Papa no haya previsto la agitacion que se ha manifestado en Roma y en toda la Italia, mayormente cuando este hecho se presentó desde la inauguracion de su pontificado, sería hacerle ciego, pues que no habria visto lo que estaba delante de sus ojos. Además, fuera necesario suponer igualmente ciegos á Gizzi, á Ferreti, á cuantos Cardenales, prelados y demás personas notables han influido en la nueva direccion de los negocios. Suponer que no se han previsto los riesgos que esta agitacion traia consigo, cuando esta prevision es tan fácil, tan óbvia, tan vulgar, es imaginarse que en Roma se sabe muy poco en este punto; y precisamente en materia de mesura, de

prevision, de circunspeccion, siempre ha sido citada la corte de Roma como singular modelo: sus enemigos la llaman refinadamente astuta; los hombres imparciales prudente y previsora. ¿Solo ahora habria perdido de repente la vista, y no veria lo que todos vemos? Hay argumentos que por probar demasiado no prueban nada. —¿No conoce el Papa, dirá alguno, lo que de ahí puede resultar?—¿No conoce V., le responderemos, que cuando V. lo conoce, debe haberlo conocido el Papa? —¡Pero es candoroso!..... —¿Qué significa esta palabra? ¿Que tiene candor sin prudencia? Si esto se significa, dígase que el Papa es un hombre de buena voluntad y de escasas luces; que lo mismo son sus consejeros; y que no siendo el Pontífice un hombre nuevo, sino conocido de antemano por los altos puestos que habia ocupado en la Iglesia, fue bien imprudente el Sacro Colegio, que en tiempos tan azarosos, en circunstancias tan críticas, se fijó con tal espontaneidad, con tanta prontitud, en la persona del Cardenal Mastai-Ferreti, para elevarle al Sumo Pontificado.

¿Se cree que la mayoría de los súbditos del Papa están por el órden, ó no? Si lo segundo, se declara que el Papa reina sobre un pueblo de quien no puede recabar obediencia sino por medio de la fuerza; si lo primero, entonces ¿por qué hemos de desesperar de que el Papa, apoyado en esta mayoría, uniéndola íntimamente á su persona, pueda llevar á cabo prudentes reformas sin trastornar el Estado ni menoscabar su autoridad soberana? Hay dificultades, hay peligros, ciertamente; hay revoltosos que procurarán abusar, es indudable; pero el gobierno ponti-

ficio tiene muchos y poderosos elementos de que disponer; y el medio seguro de aprovecharlos es darles él propio la direccion que convenga segun las necesidades de los tiempos.

El gobierno pontificio, al arrostrar las dificultades, habrá contado con los recursos que tiene para vencerlas; al dar el impulso habrá medido las fuerzas de que dispone para moderarle; al prever las tentativas de los malévolos para estraviar la opinion, habrá reflexionado sobre los medios de evitar el estravío, ilustrándola y rectificándola. En Roma, como en todas partes, se agitarán los perturbadores, pero aquella capital y todos los estados pontificios, á mas de la afeccion especialísima que profesan á los Papas, tienen un interés propio y muy grande, en oponerse á proyectos insensatos que se encaminen á destruir la soberanía temporal del Pontífice, ó entregarla á merced de los anarquistas. ¿Qué sería la ciudad de Roma si le faltase la soberanía del Papa? Abandonada á la ambicion y á la codicia de los aventureros de todos los paises, lloraria bien pronto con lágrimas de sangre la caida de su autoridad paternal, á cuya sombra ha vivido durante tantos siglos. La separacion entre la potestad temporal y la espiritual, como existe en otras partes, es un sueño irrealizable en los estados pontificios: tal es la fuerza de las cosas, que el dia en que una revolucion destruyese la soberanía temporal del Papa, este quedaria reducido ó al cautiverio ó á la proscripcion. Creer que en Roma es posible un Papa ejerciendo solamente las funciones de Pontífice, á la vista de un príncipe ó de un senado encargados del gobierno

temporal, es desconocer completamente la naturaleza del hombre y de la sociedad, es olvidar la constante marcha de los acontecimientos humanos. En todos los paises del mundo, un rey destronado es un rey cautivo ó proscrito: un rey destronado, en completa libertad en su propio pais, en vista de su sucesor, es un imposible; pues bien, mas imposible fuera todavía en Roma un Papa ejerciendo libremente las funciones del supremo pontificado, estendiendo su autoridad sobre la Iglesia universal, recibiendo los homenages de todo el orbe católico, y este Papa rodeado del Sacro Colegio, rodeado de las Congregaciones, rodeado de las instituciones indispensables para la espedicion de los negocios eclesiásticos, en presencia de un gobierno que acabára de levantarse sobre las ruinas de la autoridad temporal de la Santa Sede. Esto es un imposible, que se conoce á primera vista, que se siente, y que produce la certeza de que un Papa destronado sería un Papa cautivo ó proscrito.

En esta verdad, que no puede ser desconocida á los súbditos de la Santa Sede, y muy particularmente á los romanos, se encontrará un poderoso elemento de órden para un gobierno que sepa aprovecharla. La ciudad de Roma con todos sus estados, debe recordar lo que ha sufrido cuando se ha quebrantado por nacionales ó estrangeros la autoridad temporal de los Papas, y por ahí conocer lo que sufriria si esto se repitiera. A mas de los escarmientos recientes se hallan otros antiguos.

En medio del caos en que estaba sumida la Italia en los siglos medios, ardian las enemistades entre

los pueblos, resultando con frecuencia luchas sangrientas. En este caso se hallaban los de Roma y de Tívoli; por manera, que habiendo sido vencidos estos últimos, el Papa Inocencio II tuvo que contener á los romanos para que no saqueasen la poblacion vencida y no degollasen á sus habitantes. Los romanos se indignan, se sublevan contra el Papa, suben al Capitolio, juran restablecer la antigua república y crean un Senado, al cual encargan del gobierno, dejando reducido al Papa á lo puramente espiritual. Triunfante despues de una lucha sangrienta, el pueblo roba, mata, destruye edificios, asesina á un Cardenal en la calle. Siguieron las turbulencias con un carácter horrible; y hasta se dice que Lucio II murió de resultas de una pedrada recibida en un motin mientras trataba de apaciguar al pueblo alborotado. El famoso Arnaldo de Brescia, que tenia notable semejanza con los demagogos modernos, se presentó luego en Roma para dar impulso á la revolucion: restableciéronse las leyes y las dignidades de la antigua república; hasta se reconstruyó el Capitolio; pero todo esto acabó como acabar debia semejante locura: el cansancio de la anarquía y de la profanacion se apoderó de los mismos rebeldes, y el pueblo abrió las puertas al Papa, y le reinstaló en su autoridad antes que llegase á Roma el emperador Conrado.

Cuando Clemente V, de nacion francés, trasladó á Aviñon la Silla Pontificia, quedó Roma en el mayor desamparo. Gregorio XI volvió á Roma, no sin haber trabajado en ello dos célebres italianos, el Petrarca y santa Catalina de Sena. El primero escri-

bió una carta sobre este asunto á Benedicto XII, y la segunda fue en persona á Aviñon é instó á Gregorio para que lo realizase.

No hay necesidad de recordar lo que á fines del pasado siglo y principios del presente, sufrieron Roma y toda la Italia durante la república y el imperio: á mas de la anarquía, guerras y devastacion de todas clases, perdió aquel pais innumerables preciosidades artísticas que los conquistadores se apresuraban á trasladar á París: asi cuidaban estos de la gloria de la Italia; asi restituian á Roma su antiguo esplendor.

Cuando en un pais hay tantos y tan graves intereses que se oponen á una revolucion, y de esta no se puede esperar ni libertad ni independencia, sino anarquía y servidumbre, un gobierno establecido y dueño del movimiento, tiene en su mano muchos y poderosos recursos para dirigir la opinion, calmar las pasiones, y dominar á los revoltosos. Para esto se necesitan prevision y firmeza; ¿por qué hemos de suponer en el gobierno pontificio imprevision y flojedad? Los actuales miembros de la *Consulta* han sido escogidos por el gobierno; ¿qué razon hay para creer que se ha hecho una eleccion errada? Antes de la nueva han de trascurrir dos años; ¿por qué no podrá el gobierno descubrir los inconvenientes que la institucion ofrezca, y precaverse á tiempo? La guardia cívica está por ahora subordinada, ¿qué obstáculos hay á que el gobierno la vigile en sus tendencias, y procure purgarla de los elementos peligrosos, convirtiéndola en una fuerza monárquica, en vez de permitir que degenere en milicia revolu-

cionaria? La prensa propende al esceso, es verdad; pero un gobierno que no ha consignado el principio de la libertad, y que conserva todavía la censura prévia; ¿por qué deberá ser tan poco avisado que no conozca los graves peligros que por este lado le amenazan, y no acuda á prevenirlos? El espíritu público está conmovido; pero con el ascendiente moral del Papa, ya por su dignidad, ya por sus cualidades personales, ¿por qué no será posible que se desenvuelva lo que hay de bueno en ese espíritu, y que los elementos monárquicos y religiosos se sobrepongan á los revolucionarios é impíos? Esto es tanto mas asequible, cuanto que no ha habido en los estados pontificios ninguna ruptura entre el Soberano y los elementos buenos; cuanto que asi la posicion de estos como la de aquel exigen imperiosamente que se evite el que la haya; cuanto que sería preciso suponer ciego al Soberano, ciegos á los hombres de buena voluntad, si todos de consuno no trabajasen por impedirlo. Hay motivos para temer, mas tampoco faltan para esperar. Si se objeta lo sucedido en otros paises, repetiré lo dicho ya: cuando recordeis la semejanza, no olvideis la diferencia.

XII.

Dificultades esteriores.

Quizá sean mas graves para el gobierno pontificio las dificultades esteriores que las interiores. Los príncipes de Italia, y la diplomacia de las altas potencias, le suscitarán tal vez mayores obstáculos que los revoltòsos de su propio pais.

No es fácil que todos los soberanos de Italia se mantengan en el punto de cordura y firmeza reclamado por lo crítico de las circunstancias; no es imposible que unos cedan demasiado, y otros se pongan en actitùd de desconfianza con respecto á la política de Roma. Ambos estremos serian dañosos: la flojedad, fomentando el desórden, embarazaria el progreso de las reformas; la desconfianza quebrantaria lo que mas necesitan actualmente los príncipes italianos: la union. La unidad de la Italia es una utopia irrealizable: si una revolucion la constituyese por un momento bajo una sola autoridad, esta obra duraria brevísimo tiempo: un grande imperio no se improvisa. Pero si la unidad es una utópia, no lo es la nacionalidad que se avenga con la multiplicidad de gobiernos, que se emancipe de la influencia estrangera, y que promueva un especial desarrollo de aquella península, como lo están reclamando su posicion topográfica, la comunidad de idioma y el espíritu de los pueblos. Esa alianza de los gobiernos italianos puede descansar sobre bases que afiancen recíprocamente la seguridad; y sin que tengan precision de tomar por tipo la Confederacion germánica, pueden escojer de ella lo que consideren conveniente, como ya parecen intentarlo algunos de ellos en la union aduanera.

La revolucion veria con mucha complacencia que se introdujese desconfianza entre los príncipes italianos; nada le conviene tanto como la discordia; y esta le será mas facil promoverla si consigue que de aquellos soberanos, unos representen el principio de reforma, otros un sistema estacionario. Por flaca que

sea la nacionalidad italiana, es sin embargo una realidad: hay vínculos entre los pueblos en toda aquella península; hay, no unidad de vida, pero sí comunicacion en las funciones vitales; es preciso conservar la armonía; de lo contrario resultarán graves perturbaciones. El desacuerdo puede ser fomentado, ya por la perfidia, ya por la imprudencia: ambas llevarian á la perdicion.

Si algun gobierno italiano se creyera mas seguro que el pontificio, padeceria una ilusion peligrosa. A pesar de las dificultades interiores con que pueda luchar el gobierno del Papa, no hay ninguno en Italia que disponga de iguales recursos morales, los que bien empleados, producirian efectos admirables aun en el órden político; pero hay además otra razon todavía mas grave en pro de la seguridad de la soberanía temporal del Sumo Pontífice: esta razon es su necesidad, la que se opondria á la ruina de aquel gobierno, y que en caso de una catástrofe lo volveria á levantar. No puede decirse otro tanto de los otros principados de Italia: esto debe hacerlos prudentes y apartarlos de caminos peligrosos, uniéndolos mas íntimamente con el gobierno pontificio.

La soberanía temporal del Papa se liga con los mas sagrados intereses del mundo católico, y afecta gravemente las relaciones internacionales de todos los gobiernos. Recientes son los conflictos que consigo traia el cautiverio de Pio VII; y estos conflictos serian igualmente graves si el Papa fuese cautivo de un gobierno revolucionario. Además, un gobierno semejante, débil por su orígen y por tódas sus circunstancias, tendria necesidad de un amparo

estrangero, y esto suscitaria gravísimas complicaciones entre las grandes potencias de Europa. Ninguna de ellas, ni católica, ni cismática, ni protestante, consentiria un protectorado cuya accion se pudiera estender hasta violentar en sus palabras y actos, al que con un acto ó con una palabra ejerce tan grande influencia en todos los puntos del universo. Asi, pues, la cuestion política de Roma es de una gravedad mayor que la de otro pais cualquiera: la desaparicion de un gobierno ó de una nacionalidad de Italia produciria siempre dificultades graves, mas no de tal magnitud que no se vean arreglos posibles; pero la de la soberanía temporal de la Santa Sede dejaria un vacío que no se alcanza cómo se pueda llenar, y produciria una perturbacion tal en el mundo político, que no se remediaria sino con la restauracion del poder caido. Si estuviéramos condenados á presenciar acontecimientos semejantes á los de principios del siglo actual, desde luego se podria pronosticar otra restauracion: hay casos en que el esceso del mal produce por necesidad el remedio. Los estados pontificios son pequeños en el mapa, pero la importancia de su conservacion es mayor que la de ninguna potencia europea, sin esceptuar las de primer órden: el profundo trastorno que resultaria de la desaparicion de una de ellas no es comparable con el que dimanaria de la ruina de la autoridad temporal del Papa.

Estas consideraciones manifiestan que ningun gobierno italiano puede contar con tantos medios de conservacion, ni tanta seguridad de restauracion, como el pontificio; y además indican que las intrigas

de la diplomácia europea, hallarán aqui un límite que no pueden traspasar facilmente. Cada dia se van creando nuevos y poderosos intereses que saldrian perjudicados con un conflicto europeo; por cuya razon la diplomácia de las altas potencias se hace mas conciliadora, y se halla menos dispuesta á correr en busca de aventuras que puedan turbar la paz general. De aqui nace otra esperanza consoladora, cual es, el que los gobiernos que creyesen tener un interés momentáneo en que las reformas de Italia no siguiesen un curso pacífico y dejenerasen en revolucion, ó hiciesen precisa la reaccion, se contendrán á la vista de los peligros que á ellos y á toda la Europa pudiera acarrear la perturbacion de la Italia.

Las condiciones de la diplomácia europea pueden sufrir una modificacion profunda, si á la muerte de Luis Felipe se altera el órden de cosas que prevalece en Francia desde 1830. Mas si esto sucede, lejos de que la política de Pio IX haya de producìr malas consecuencias, precisamente se ve en ella una esperanza para la Italia. En efecto: si suponemos que estalla una revolucion en Francia, continuando la península italiana sujeta á un sistema de resistencia absoluta, y sin mas alianzas esteriores que la de Austria, ¿será posible lisonjearse de que los gobiernos puedan resistir al ímpetu revolucionario? Cuando el Austria haya de hacer frente en el Rhin, ¿no tendrá que ser débil en el Pó? Entonces los gobiernos italianos no tendrian ya oportunidad para reformar; las concesiones serian humillaciones, porque ardiendo en Francia la revolucion, no sería

dable persuadir que el motivo de la reforma fuese otro que el miedo. Por el contrario, si antes de la muerte de Luis Felipe los gobiernos de Italia, desplegando los recursos propios, se han colocado en posicion menos ligada con el Austria; si han hecho en sus dominios las reformas que crean necesarias ó convenientes, atendido el espíritu de la época, entonces su situacion es mucho menos dificil: porque ó continúa el *statu quo* europeo ó no; si continúa, las reformas no serán peligrosas, pues la propaganda revolucionaria tendrá contra sí el obstáculo de la paz general; si no continúa, los príncipes podrán mas facilmente dirigir el movimiento, supuesto que ellos mismos lo habrán empezado y por consiguiente habrán escojido las condiciones del impulso, tomando además las precauciones que les aconseja su seguridad propia y la tranquilidad de sus pueblos. Para comprender la diferencia entre las dos situaciones, baste considerar el efecto que ahora produciria en Roma la noticia de una revolucion en París: es cierto que no causaria la impresion de susto para unos y de envalentonamiento para otros que hubiera causado en otras circunstancias. Las transiciones repentinas son peligrosas; la habilidad de los gobiernos consiste en hacer transformaciones para evitar trastornos; lo que está significado en un dicho tan ingenioso en la espresion como profundo en su contenido: "¿ quereis evitar revoluciones? haced evoluciones."

XIII.

Conclusion.

Voy á concluir presentando á la consideracion del lector algunas reflexiones, que resumiendo las ideas emitidas, den á la cuestion un horizonte mas vasto.

El protestantismo torció el curso de la civilizacion europea: sin esa calamidad, la Europa sería muy diferente de lo que es; pero las cosas es preciso considerarlas, no tales como debieran ser, sino como son: y la Europa es lo que la han hecho los siglos anteriores. Dos principios fundamentales se hallan en el seno del protestantismo: el espíritu privado en materias de fe, y la supremacía religiosa atribuida á la potestad civil. El primer principio conducia á la impiedad: empezando en Lutero termina en Voltaire. El segundo se planteó desde luego sin disfraz en Alemania y en Inglaterra, y contribuyó á desenvolver en los paises católicos un espíritu regalista de mal género, que se agitaba ya mas ó menos desde tiempos muy antiguos: este desarrollo llegó á su mas alto punto en la inconcebible coalicion de príncipes que en el siglo pasado causó tantas amarguras á la Santa Sede.

Precisamente á la misma época daba sus últimos frutos la semilla del protestantismo: en vez de la democracia religiosa, se presentaba en la arena una demagogia impía. Estalló la revolucion francesa; siguióla Napoleon: los potentados de la tierra se vie-

ron hundidos en el polvo, y entonces palparon que no estaba en la religion el peligro para los gobiernos. El notable preámbulo del tratado de la *Santa Alianza*, es una proclamacion de este desengaño, algo tardío por cierto, que además no se ha tenido muy presente en lo sucesivo. No obstante, aquellos acontecimientos estraordinarios hicieron esperar que en adelante habria verdadera alianza entre la religion y la política. Desgraciadamente los males del mundo no se remedian con un papel, ni los gobiernos renuncian á sus instintos con firmar un tratado. Si algunos llegaron á persuadirse que la religion católica podia esperar mucho de semejantes pasos, debieron desengañarse bien pronto. Desde luego se pudo notar que el Papa, el gefe del catolicismo, no era uno de los firmantes: no se contaba con el Vicario de Jesucristo. En el Congreso de Viena, las notas y las protestas del Cardenal Consalvi no impidieron que las altas potencias hiciesen lo que bien les pareció con respecto á los derechos temporales de las iglesias de Alemania: la proteccion prometida por el emperador de Austria á los diputados de varias diócesis no produjo resultado. El Congreso, sin consideracion á que la inmensa mayoría de los Países-Bajos era católica, los entregó á una familia protestante, la casa de Orange; lo que dió pie á despóticos atropellos ya desde principios de 1815, y promovió gravísimos conflictos de conciencia que contribuyeron mucho á la revolucion de la Bélgica en 1830. En cuanto al Papa, si bien recobraba sus posesiones, no alcanzó á impedir que el Austria se reservase el derecho de guarnicion en las plazas de

Ferrara y de Comachio: en este punto fueron tambien inútiles las protestas del Cardenal Consalvi.

Estos hechos eran harto significativos para indicar cuál era el espíritu que presidia á las decisiones del Congrèso: la Santa Alianza no era tan santa como algunos pudieran creer. Los hechos posteriores fueron correspondiendo á los primeros indicios: el emperador de Rusia acababa apenas de salvar sus dominios de las manos de Napoleon, y ya recelaba que el catolicismo se los hiciese perder: en enero de 1816, alarmado por algunas conversiones, da un ukase en que lanza de su imperio á los Jesuitas; y en 1820, mientras la demagogia perturba de nuevo el mediodía de Europa, el autócrata se ocupa en perseguir mas crudamente á esos religiosos, mandándoles salir de sus estados, y prohibiéndoles para siempre el que vuelvan á ellos bajo cualquier pretesto. No hay necesidad de recordar lo sucedido despues, lo cual prueba lo que puede esperarse de semejantes alianzas. Además; que bien pronto la revolucion francesa en 1830 vino á destruir la obra de 1815, y á cambiar radicalmente la situacion política y diplomática de Europa. Con aquel suceso se disipaban muchas esperanzas, es verdad; pero Dios permitiéndolo, queria manifestar á los reyes, que para salvar la religion no necesitaba de las potestades de la tierra.

La propaganda de París quiso perturbar la Italia, y muy particularmente los estados pontificios. Lo crítico y nuevo de las circunstancias exijia prudencia y firmeza: Gregorio XVI fue prudente y firme: firme contra los revoltosos; prudente en sus rela-

ciones con el gobierno de Luis Felipe. La política de su pontificado debia llenar un objeto, y lo llenó: este objeto era conservar la paz en sus dominios, y evitar un conflicto con el nuevo poder salido de las barricadas de París. Los acontecimientos se multiplicaron y agravaron de tal suerte, que no fué posible mas que conservar y esperar: el Papa, haciendo concesiones inmediatamente despues de la revolucion de julio, hubiera parecido un satélite de las Tullerías: esto era indigno, y además muy peligroso. Entretanto Gregorio XVI va tocando al fin de su carrera: muere; y le sucede Pio IX. Este Pontífice no se encuentra con la Europa de la Santa Alianza, sino con la Europa de la revolucion de julio. En el norte y en el mediodía se han realizado mudanzas profundas: la religion puede esperar muy poco de la política; y en el porvenir, el poder temporal de la Santa Sede no debe contar con las potencias del norte; en la Italia hay cierto malestar; con la proteccion del Austria se hace frente á los peligros presentes; pero este medio está sujeto á inconvenientes graves, y sobre todo es solo interino. El nuevo Papa, por su edad y robustez, puede prometerse largos años de pontificado: se pregunta á sí propio si es bueno dejar las cosas como están; si no sería mejor prepararse para lo venidero, tratando de dirigir el espíritu de la época: el resultado es una política nueva.

El Sumo Pontífice, antes que rey es Vicario de Jesucristo; es gefe de la Iglesia; Pio IX empieza dando en su persona el ejemplo de todas las virtudes, y emprendiendo reformas eclesiásticas. Todo indica que Pio IX será un Papa reformador en muchos sen-

tidos, esto le honra sobremanera: el cristianismo tambien fue una gran reforma, pues produjo un cambio profundo en las ideas, en las costumbres, en las instituciones, en el individuo, en la sociedad, mudando completamente la faz del mundo. La Iglesia ha sido siempre reformadora: los concilios son una série de asambleas reformadoras; sus decretos son códigos de reformas; en lo cual se halla uno de los caractéres que la distinguen de las instituciones humanas. Estas, cuando el mal progresa hasta cierto punto, no tienen fuerza para curarse á sí propias; la enfermedad se agrava, y al fin desfallecen y mueren; por el contrario, la Iglesia, sean cuales fueren los males, puede curarlos; está dotada de alta sabiduría para conocer los remedios, y de una fuerza vital poderosa para soportarlos y aprovecharlos. Este es el distintivo de los seres robustos; esta es una prueba de que la Iglesia vivirá hasta la consumacion de los siglos. Ved lo que sucede en todas las épocas críticas: á cada necesidad una sublime inspiracion; un hombre para ejecutar.

El mundo civilizado es inteligente, rico, poderoso, pero está enfermo; le falta moral, le faltan creencias; la impiedad trabaja por establecer un funesto divorcio entre la religion y el progreso material é intelectual, divorcio que amenaza al porvenir de las sociedades modernas. El cristianismo, á mas de traer á los hombres la salud eterna, salvó al mundo de una ruina completa; solo él puede salvarle segunda vez de los males que le amenazan. No le salvarán esos diplomáticos, que no alcanzan á prevenir ni á curar los males de su propio pais; no le

salvarán los reyes que las revoluciones llevan como leve paja; no le salvarán esos demagogos, que esparcen por do quiera sangre y ruinas; solo puede salvarle el enlace del espíritu de progreso con la religion; y este enlace no se operará nunca si la empresa no es dirigida por un Pontífice. Bien hace, pues, muy bien hace Pio IX en intentarlo: muy bien hace en mostrarse reformador, que siempre lo ha sido la Iglesia y tambien lo fue Jesucristo; muy bien hace en tener una política espansiva, que espansivo es el cristianismo, espansiva es la caridad evangélica; muy bien hace en no ser pusilánime, en no espantarse á la vista de las dificultades y peligros, que animosos fueron sus mas grandes predecesores; muy bien hace en predicar á los pueblos la obediencia á los príncipes, pero sin confiar demasiado en las potestades de la tierra para defender á la Iglesia en lo espiritual y en lo temporal, que unas veces no quieren, otras no pueden; muy bien hace en dar á las ideas importancia, que ellas deciden tarde ó temprano de los destinos del mundo, y á los entendimientos y á los corazones se han dirigido siempre los predicadores del cristianismo; muy bien hace en querer manifestar que la religion no está reñida con la variedad de sistemas de gobierno, en no quererla ligar inseparablemente con ninguna forma política, que esas formas caducan, y pasan, y se cambian á manera de trajes, segun los tiempos y paises.

No conviene dejarse alucinar por el grito de libertad, pero tambien es preciso guardarse de otra ilusion, cual es, el que á la sombra de las palabras, órden social, conservacion de las monarquías, se

cobijen intereses bastardos ó fiero despotismo. En Polonia, en Bélgica, en Irlanda, se agita la propaganda revolucionaria, es cierto; algunos invocarán la religion, solo como un medio de conmover á los pueblos, es verdad; pero ¿deberemos decir por eso que la razon esté siempre de la parte contraria? ¿Seremos justos si nos ponemos siempre en favor de los rusos en Polonia, de la casa de Orange en Bélgica, de los ultratorys en Irlanda? Porque la Rusia represente en el norte una fuerza antirevolucionaria, el dominio de Holanda sobre Bélgica recuerde un artículo del tratado de Viena, y los ultratorys un elemento conservador en la Gran Bretaña, ¿estaremos siempre por ellos, y con ellos, y contra los hombres y las cosas que les desagraden? No se trata, no, de ilusiones, que en los tiempos actuales ya no hay lugar á ellas; se trata de ver que si bien con los nombres de libertad y progreso se espresa muy á menudo, licencia y ruina; tambien sucede alguna vez, que con las palabras de autoridad y conservacion legal, se significan opresion y esplotacion: testigo la Irlanda esplotada; testigos los católicos de Rusia y Polonia tan duramente oprimidos.

La anarquía es una cosa horrible, pero no es bello por cierto el despotismo; la revolucion destruyendo ofrece un espectáculo desastroso, pero el poder oprimiendo presenta tambien un cuadro repugnante. La religion no necesita trastornar ni oprimir: lo que ella hace es ordenar y aliviar: quiere que los pueblos obedezcan, pero les procura un yugo suave y una carga leve. Los hombres religiosos no deben entusiasmarse por una causa, solo porque

oigan los gritos de libertad y fraternidad; pero tampoco deben hacerlo porque oigan órden y conservacion. Lo que debemos buscar y amar, siempre y en todo, es la verdad y el bien.

El humano linaje, aun en su vida sobre la tierra, es conducido por la Providencia á un término misterioso, y por caminos ignorados: quien desconozca la trasformacion que en todas partes se realiza, no ve lo que tiene delante; querer asirse únicamente de las formas pasadas, es confiar en el apoyo de un leve arbusto al bajar por una peligrosa pendiente. Respetemos lo pasado, pero no creamos que con nuestro estéril deseo, lo podamos restaurar; y al interesarnos por los restos de lo que fué, no llevemos la exageracion hasta el punto de maldecir todo lo presente y lo venidero. ¿Pues qué? ¿No fué nuevo algun dia lo que ahora pasa? ¿No ocupó en otros tiempos el lugar de cosas que á su vez pasaron tambien? La vida del género humano, ¿no envuelve una trasformacion contínua? La historia, ¿es acaso mas que una série de magníficos lienzos, en que se nos ofrecen á cada paso las novedades mas asombrosas, las mudanzas mas sorprendentes? Guardemos intactas las verdades eternas; estemos seguros de que no perecerán las cosas cuya duracion estriba en promesas divinas; pero lo demás, mirémoslo como es, perecedero: y al ver colosales construcciones, obra de la mano del hombre, recordemos aquellas palabras de Jesucristo: "¿ves esas grandes construcciones? no quedará piedra sobre piedra."

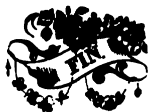
A la vista de la conducta de Pio IX, el génio del mal, siempre atento á los medios de impedir el bien,

aprovecha sagaz el momento, y hace resonar por todas partes la voz impía: "el Papa está conmigo." En vano lo desmienten las virtudes, las palabras solemnes del Pontífice: el génio del mal repite con maligno placer: "el Papa está conmigo." El Papa, despues de haber predicado desde su primera Encíclica la obligacion de obedecer á las potestades legítimas, rechaza en una Alocucion á los que toman su nombre en los disturbios, asegurando que con esto se hace una *gravísima injuria á su persona y á su suprema dignidad*; á pesar de esto, el génio del mal, sonriéndose malignamente, repite: "el Papa está conmigo." ¿Y por qué esa insistencia? Porque le conviene alarmar á los fieles; le conviene hacerlos desconfiar de su pastor; le conviene inspirarles desvío hácia su padre; le conviene establecer un cisma de nueva especie en que algunos católicos quieran ser mas católicos que el Vicario de Jesucristo; y que los amantes del órden y de la paz en los estados, miren como perturbador de la paz y del órden al que representa á Dios sobre la tierra; al que representa al divino Salvador, en cuyo nacimiento cantaron los ángeles: ¡paz en la tierra á los hombres!.... Porque le conviene seducir á algunos, y despues de haberlos hecho desconfiar del Pontífice, y mirar con recelo su conducta, y manifestar descontento, entonces volverse contra ellos y decirles: "¿y qué? Si no podeis tolerar las reformas, aunque sean hechas por el Papa, ¿cómo se os creerá cuando hableis de ellas? Si no podeis sufrir un sistema mas lato en política aun cuando lo establezca el Papa, ¿cómo se os creerá cuando hableis de libertad bien

entendida?" ¡Pero ah! los fieles no serán tan incautos que caigan en esas redes; los prelados de la Iglesia han conocido el amaño y han levantado su voz augusta. En Francia, en Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, en América y en otras partes se hacen manifestaciones en favor del Papa; los Obispos rechazan con indignacion la idea de que el Papa está solo: el Cardenal-Arzobispo de Leon llama calumnia, y asercion injusta y mentirosa, al dicho del que acusó á los Obispos y al clero de que se habian pronunciado contra el Papa, y de querer entorpecer y poner obstáculos á su marcha. "El clero, mis amados hermanos, dice el ilustre Cardenal, *se asocia enteramente al pensamiento fecundo y santamente liberal de Pio IX*. Contempla con santo orgullo y sincero gozo, la lucha gloriosa de su augusto Gefe contra todos los abusos, contra la pusilanimidad de los unos y el pérfido envalentonamiento de los otros; contra la timidez, que retrocede ante todos los obstáculos, y la audacia, que todo quiere intentarlo."

El que esto escribe no representa nada, ni en el clero ni en el pueblo de España; es únicamente un individuo que emite su opinion; pero está seguro de que su corazon no le engaña al creer que los españoles, asi del pueblo como del clero, no se diferenciarán en este punto del pueblo y del clero de los demás paises católicos. La fe en las divinas promesas les comunicará confianza de que el Papa acierte hasta en lo temporal; aunque sin confundir lo divino con lo humano, no dejarán de ver que aquí lo humano está muy cerca de lo divino, y no podrán

pensar que en la augusta *Cátedra* de donde se han derramado tantos beneficios sobre la sociedad, aun en lo puramente civil, esté sentado un Pontífice que haya de perturbar el mundo: mucho menos cuando es cierto, constante, público, que este Pontífice está dotado de todas las virtudes que la Iglesia venera. Asistamos, pues, con calma y confianza á ese grande espectáculo; no nos desalentemos por la noticia de pasageras contrariedades; dilatemos la vista por el espacio y el tiempo; no nos limitemos á un punto; no veamos solo el dia de hoy; recordemos la historia y pensemos en el porvenir; no nos fijemos solo en Nápoles, Módena y Austria, consideremos la civilizacion moderna en toda su amplitud, en toda su variedad; no nos amilane un peligro ni un mal, reflexionando que la humanidad no progresa sin lucha ni se mejora sin dolores; y unidos de corazon con la Iglesia, que ora sin intermision por el Papa en todos los ángulos del universo, confiemos que Dios le dará luz y fortaleza, y que las dificultades, los peligros, los males, se compensarán con los bienes en que será fecunda la obra comenzada por Pio IX.



ÍNDICE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea, segunda edicion, 4 tomos.
El Criterio, segunda edicion, 1 tomo.
Cartas á un Escéptico en materias de Religion, 1 tomo.
Filosofía fundamental, 4 tomos.

Estas obras se hallan de venta á 16 rs. tomo en la librería de *Brusi* en Barcelona, y á 20 en los demas puntos franco el porte.

Curso de Filosofía elemental; comprende:

Lógica.
Metafísica, donde se hallan los tratados de Estética, Ideologia pura, Gramática general, Psicologia y Teodicea.
Etica ó filosofia moral.
Historia de la Filosofía.

Si se toma la obra completa solo cuesta 42 rs. en Madrid y 46 en las provincias franca de porte.

El precio de los tomos sueltos es el siguiente.

Lógica, 8 rs. en Madrid y 9 en las provincias.
Metafísica, 16 y 18 en los mismos términos.
Etica, 8 y 9 id., id.
Historia de la Filosofía, 10 y 12 id., id.

Al que tome doce ejemplares se le añadirá uno gratis, y al que ciento se le añadirán veinte, asi de la obra completa como de cualquiera de sus partes.

La Religion demostrada al alcance de los niños, sesta edicion, 1 tomo 3 rs. Tambien se darán trece ejemplares de esta obrita al que tome doce, y ciento veinte y cinco al que tome ciento.

Escritos políticos. Coleccion completa, corregida y ordenada por el autor. Precio de suscricion á toda la obra: 30 rs. en Madrid y 40 en las provincias.

En Madrid se hallan todas en las librerías de *Sanchez*, calle de Carretas, y *Aguado*, Subida de Santa Cruz, pudiendo tambien hacerse los pedidos á *D. Luis Perez*, administrador que fue del *Pensamiento de la Nacion*, calle de Leganitos, n.º 4, cuarto principal, en carta franca y remitiendo su importe en libranza sobre la Administracion de correos, abonando el descuento del giro. No se recibe ninguna carta que no esté franqueada.


BIBLIOTECA DE MONTSERRAT
13020100006249

